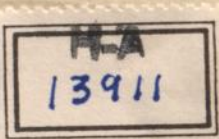




Biblioteca Nacional de España



2722

SITIO *B-m*
Y *8679*
RENDICION DE LA HABANA
EN 1762.

FRAGMENTO DE LA HISTORIA INÉDITA DE LA ISLA DE CUBA,

POR EL CORONEL

D. Jacobo de la Pezuela.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.

1839.

LIBRO
RENDICION DE LA HABANA

EN 1798

LA FORTALEZA DE LA HABANA EN LA MANO DE LOS INGLESES

DE JUAN DE LA CRUZ

EN LA

H-A
13911

SITIO
Y
RENDICION DE LA HABANA
EN 1762.

FRAGMENTO DE LA HISTORIA INÉDITA DE LA ISLA DE CUBA,

POR EL CORONEL

D. Jacobo de la Pezuela.



MADRID,
IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.

1859.

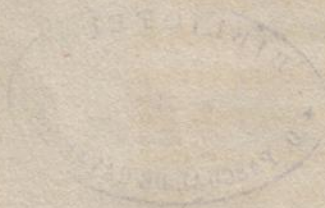
21110

RENDICION DE LA HABANA

EN 1763

EXTRACTO DE LA HISTORIA ESCRITA DE LA LIGA DE GUERRA

T. Jacinto de la Huerta



MADRID

IMPRESA Y ESTABLECIMIENTO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA, MADRID

1833

SITIO Y RENDICION DE LA HABANA

EN 1762.

FRAGMENTO DE LA HISTORIA INÉDITA DE LA ISLA DE CUBA (1).

Con la mudanza de monarca insensiblemente se mudó también de política en el Gabinete español; porque si la idea dominante de Fernando VI fué la paz, la de su sucesor, guiado por los afectos de raza y de familia y por una inveterada antipatía á la Gran Bretaña, tenia que producir la guerra. Prejuzgaba ya Carlos III una rotura, cuando al saberse la muerte del virey de Méjico y su interina sustitucion por Cagigal, se apresuró á reemplazar á este último con D. Juan de Prado Portocarreiro, á quien á su despedida le avisó en reserva «que la conducta de aquella potencia podria obligarle á un rompimiento, y así estuviese con tal precaucion, como que podia, cuando menos se lo pensara, ser invadida y ataca-

(1) La importancia militar del acontecimiento que en este fragmento se relata, nos indujo á acompañarle, para su mejor inteligencia é ilustracion, el plano de la Habana, su bahía é inmediaciones; y habiéndosenos facilitado para este fin uno del mismo, existente en el depósito de Ingenieros, hecho precisamente en la época, le hemos dado desde luego la preferencia como documento mas curioso y adecuado al objeto.

da la plaza de la Habana.» Prado, despues de recibir su nombramiento en 13 de mayo, desperdió un tiempo precioso en entregar sus dependencias de subinspector de la infantería de Aragon, Valencia y Murcia, y en solicitar y obtener su ascenso á mariscal de campo. No se embarcó en Cádiz en una fragata de la Real Compañía, llamada *San Cristóbal*, hasta el 24 de noviembre. Dilató mas su navegacion y la llegada á su destino principal, tocando en Santiago de Cuba el 6 de enero, deteniéndose veinte y un dias en ese puerto con su antiguo camarada en guardias Madariaga, y desembarcando en el de Batabanó el 5 de febrero; con lo que, cuando se hizo cargo de la capitanía general, era ya el 7, siendo tantos, tan urgentes y tan árduos los encargos que el Gobierno acumulara á su cuidado, como escasos, lentos y aun ideales los elementos que halló para cumplirlos. Nada menos eran que reorganizar todas las tropas de la Isla, montar y habilitar toda la artillería, repasar todas las obras del recinto, emprender y ejecutar las que Cagigal dejó propuestas para la Cabaña. Debía además examinar é informar sobre el estado de la Real Compañía, abrumada de denuncias por sus mismos accionistas, segregar de sus atribuciones el ramo de tabacos, y confiárselo por cuenta de la Hacienda á una factoría general de nueva planta.

Empezó Prado por la menos urgente sus tareas, convocando á una diputacion de los labradores de tabaco de la jurisdiccion de la capital y de Matanzas. En la junta que celebró con ella el 27 de febrero, se fijaron de

comun acuerdo las cantidades, las clases y los precios respectivos del tabaco que habia de recibir y pagar la factoría. Ya en 5 del siguiente marzo dió cuenta del contrato, con inclusion de un testimonio, al ministro de Hacienda el marqués de Squilace, y cuando esperaba su confirmacion, se lo desaprobó en 20 de julio aquel arbitrista inexorable, fundándose en haber contratado no mas que cuatro clases preferentes de aquel fruto, cuando quedaban otras dos inferiores, pero de consumo, cuya autorizada exportacion permitiria que los negociantes particulares ocultaran entre el tabaco malo al bueno, con merma de los provechos del estanco. Bien á despecho de los traficantes se dió puntual cumplimiento á este mandato, tanto en el territorio occidental como en el del centro y de Levante, bajo pautas minuciosas que formó el contador D. Manuel García Barreras, á quien se cometió la factoría, hasta que le sucedió luego en este ramo D. Nicolás José Rapun. Los comisionados de Barreras de Santiago en Cuba, Mayarí, Holguín, Bayamo, Trinidad, Sancti Spiritus, Puerto Príncipe y San Juan de los Remedios, á ejemplo de los de la capital y de Matanzas, contrataron y aseguraron cuantas siembras de medio pié arriba habia en los campos. Desde el siguiente año todo este precioso fruto de la Isla se aglomeró en las factorías, y quedó absolutamente excluido del mercado.

Entre tanto, aunque de importancia tan superior á la de la factoría, progresó Prado mucho menos en las empresas de las obras, bien por carecer de maestranza

suficiente é idónea, ó bien por no llegar de España ni de Veracruz los caudales, las herramientas y los brazos en el tiempo y el momento ofrecidos. Habian venido con él, destinados á la plaza, dos hermanos franceses que pasaban por excelentes ingenieros, el coronel y el teniente coronel D. Francisco y D. Baltasar Ricaud. Tenian de subalternos á otros dos oficiales que ni habian salido del país ni estaban á la altura de los adelantos hechos en el arte, y no contaban con mas peones disponibles que trescientos, entre negros esclavos del rey y presidarios. Como en otras ocasiones, aun agriado entonces el ánimo de los pudientes con la última reforma del tabaco, el interés comun habíales animado á contribuir con negros y materiales de las fincas. Pero ni empleó Prado la maña que sus antecesores para interesarlos, ni al principio se fijaron tampoco sus proyectos en la obra preferente, que era la fortificacion de la Cabaña, desanimándole tambien para emprenderla la extension del plan de Cagigal á que tenia que sujetarse, la poquedad de sus recursos, y la obstinada dureza del terreno, mezclado con peña viva casi todo, que quince años de un trabajo asiduo y regular en el sosiego de la paz podrian haber vencido desde que demostró Güemes la importancia de aquel puesto. Apresuróse el capitán general á la verdad á reclamar de Cagigal á Veracruz auxilios de forzados, á comisionar á D. Juan Miralles, vecino de la Habana, lleno de capacidad y conexiones con las colonias extranjeras, para comprar esclavos en Jamáica con fondos del Erario. Pero Veracruz, quintada

entonces por una epidemia desconocida y formidable, limitó su socorro á unos setenta presidiarios, y Miralles, no encontrando esclavos de venta en las Antillas, pasó á buscarlos á Amsterdam y Lóndres. La inteligencia de los ingenieros y los brazos de su mezquina maestranza se aplicaron, pues, á objetos secundarios; á formar un cuartel para 200 dragones que debian venir de España, sobre muros y solares cedidos por el conde de Casa Bayona, á reparos del recinto, á reforzar la artillería en los castillos de Matanzas y de Sagua, en los torreonnes de Bacuranao y la Chorrera, en la batería de San Lázaro y aun en la de Batabanó.

El ministro Choiseuil, que manejaba á la sazón los asuntos exteriores de la Francia, explotó con tal destreza las simpatías de Cárlos III por la línea primogénita de Borbon, que á fines de abril, contando con su anuencia y para su sancion, le remitió á Madrid el proyecto del célebre Pacto de familia, monstruoso acuerdo, por el cual, cuando la Inglaterra victoriosa arrebatava á su rival todos sus dominios de América uno á uno, esa España, que apartada de contiendas, tan floreciente con Fernando VI, tenia por la imprevision de su hermano que sacrificar su sangre y sus tesoros á los intereses, á los yerros de un pueblo extranjero. Conjuro, sin embargo, el Gobierno español la tempestad hasta el regreso de D. Blas Barrera á Cádiz con los caudales de Veracruz y Cartagena, enviándose con la mayor premura á protegerlo y resguardar la plaza de la Habana al marqués del Real Transporte con una escuadra

respetable y tropas suficientes para reemplazar las bajas de la dotacion fijada á la Isla.

Pero la llegada de los pocos presidarios de Veracruz, que coincidió con la del armamento del marqués, en lugar de un alivio, fué una calamidad aterradora. Infectionados con la peste que allí se padecia, difundieronla con rapidez por la ciudad, la escuadra y los cuarteles. No sabia la medicina qué terapéutica aplicar á un mal que se propagaba por el aire, y el conducto que aseguraba su funesta marcha con postracion, dolores de cabeza y de cintura, la prolongaba con aguda fiebre y la terminaba con delirios y vómitos de sangre corrompida y negra. Por lo comun duraba cinco dias, y si la facultad no la atajaba en el primer período ó el segundo, en el tercero la muerte del enfermo era infalible. La India oriental, dañada cuna de plagas que han estremecido al orbe entero, en 1713 hizo á la América un presente tan funesto con un buque mercante que vino de Siam á la Granada. Trasmitióse despues á otras antillas extranjeras ese azote que se llamó en general fiebre amarilla, y solo prefiriendo esa epidemia para su instalacion y desarrollo los puntos bajos, poblados, litorales de la zona tórrida de América, puede comprenderse que se dilatara hasta el verano de 1761 su venida á una isla tan vecina y además tan enlazada con las otras por sus contrabandos. En 1740 la capital de Jamaica estaba ya infestada, cuando el ejército expedicionario de sir Weutworth se reunió á Vernon para atacar á Cartagena de Indias, y tanto como el valor de

la guarnicion le ayudó á Eslava la peste que consumia á los invasores para rechazarlos y dejar triunfantes las armas españolas. Huyeron los ingleses de los muros de aquella poblacion; pero favorecida por su ardiente cielo y su topografía, asentóse en ella desde entonces la fiebre amarilla para perpetuar la venganza de sus portadores. Desde allí se comunicó en los años sucesivos á los puntos mas poblados de la costa tropical del continente hasta Veracruz, desde donde la introdujo en Cuba un mezquino refuerzo de galeotes. Entre marineros y soldados perecieron mas de mil y ochocientos hombres en aquel verano, y fué tan raro el natural del país á quien atacó la enfermedad, como el europeo que la venció despues de acometido. Como en justísima compensacion de este lote de pena y servidumbre que les ha tocado, su naturaleza preservó de aquel azote á los negros y gente de color, y tambien consiguieron eludirle los mas de los peninsulares á quienes su posicion y medios permitian una vida metódica y tranquila. No bastando para los enfermos los hospitales de San Juan de Dios y de Betlem, acabó de acreditar el obispo Morell su humanidad y su desprendimiento habilitando á sus expensas las casas necesarias para recibirlos. Felizmente aflojó la epidemia por octubre, lo mismo que el ardor de la temperatura.

Los refuerzos llegados con la escuadra, despues de dejar algunas compañías en Cuba y enviar otra á Florida, se reducian á un batallon del regimiento de infantería de España, á otro del de Aragon y á una com-

pañía de artillería, porque la prontitud con que salió de Cádiz no dió lugar á que llegaran dos escuadrones del regimiento de Dragones de Edimburgo, destinados á montarse en la Isla y formar en ella un regimiento de caballería, amalgamados con las compañías que habia ya en ella. Pero Real Transporte, con otras comunicaciones del Gobierno, le entregó á Prado una que le autorizaba á variar el plan de Cagigal para la fortificación de la Cabaña, segun sus observaciones y recursos se lo aconsejaran. Animado con esta autorizacion, reunió á su corta maestranza algunos negros que compró y que pusieron á jornal los hacendados; hizo que el ingeniero director D. Francisco Ricaud diese principio á la traza ó cimiento de aquella obra, y que su hermano continuara los trabajos accesorios de la plaza, en lugar de consagrar á aquel objeto preferente todos sus esfuerzos y sus brazos. D. Francisco, bajo un cielo de fuego, desmontó y limpió en pocas semanas la meseta en que remata aquella altura, redujo á un simple polígono el antiguo proyecto de la obra, y á principios de octubre tenia ya trazados los frentes que miraban hácia el Este y el Sur, cuando un agudo ataque de la enfermedad reinante, en pocos dias le arrebató á las esperanzas que su eficacia y luces inspiraban. Cuando ya la temperatura permitia activarlos, aflojaron sin embargo aquellos trabajos tan urgentes, ya por los quebrantos de salud que su hermano D. Baltasar quedó sufriendo, como por la condicion de un suelo tan rehacio á la zapa y á la pica, y tambien por la insistencia del gobernador

en no suspender faenas menos necesarias en obsequio de la mas precisa.

Entre tanto el marqués de Grimaldi, en nombre de Carlos III, y el duque de Choiseuil, en el de Luis XV, firmaban en Paris el 15 de agosto su deplorable Pacto de familia, y en cuanto arribó el bailío Barreda con los caudales salvos á los puertos, en decreto de 16 de enero de 1762 declaró el monarca español el nuevo rompimiento con la Gran Bretaña. El 26 del siguiente mes recibió Prado esta importante nueva, y cumpliendo con una prevencion antes dispuesta para tales casos, convocó y constituyó en aquella misma noche una junta de guerra que, presidida por el capitán general, debia formarse con los generales de mar ó tierra que se hallaran en la plaza, el intendente de marina, los coroneles de cuerpos y los comandantes de navíos de guerra. Desde un principio concurrieron á ella el marqués del Real Transporte D. Gutierre de Hévia, el intendente de marina, D. Lorenzo Montalvo, el coronel del fijo de la Habana D. Alejandro Arroyo, sucesor del enfermizo brigadier Alonso en ese cargo, el ingeniero D. Baltasar Ricaud y los capitanes de los navíos anclados en el puerto, actuando como secretario D. José García Gago, á quien por lo atezado de su rostro y ser capitán del regimiento de África le apellidaba el vulgo el africano. Poco despues condujo su menguada estrella á ocupar asientos preferentes en la junta á dos personajes de importancia, á un virey saliente del Perú y á un gobernador que venia de ser relevado de Cartagena. Eran

estos el decrepito y achachoso general don José Manso de Velasco, conde de Superunda, y el mariscal de campo D. Diego Tabares, tampoco escaso en años, mas de otra robustez y fortaleza.

Desde las primeras sesiones se acordó que suspendiera sus construcciones la maestranza del arsenal y se incorporase con la de la plaza, que se reforzaran y reemplazaran las milicias, formándose padrones de cuantos mozos habia en estado de tomar las armas. Mientras Prado pedia á la corte con urgencia mil hombres de fuerza veterana y cuatro mil quintales de pólvora, tanto en el recinto como en los castillos se remontó y repuso el cureñaje de las baterías, y Ricaud, disponiendo de mas brazos, tornó á la obra de la Cabaña con mas brios. A fin de mayo tenia ya profundizados los fosos de los frentes principales del polígono que su hermano habia trazado, y quedando con sus parapetos y reductos respectivos alzados con faginas, tierra y piedra. Con los fondos que de Veracruz habia traído por noviembre el capitan de navío D. Juan Antonio de la Colina, se pagaron sus atrasos á todas las clases, á las tropas, á la escuadra, á los destacamentos y á las guarniciones de Cuba y la Florida, librándosele solo á Madariaga cien mil pesos para las urgencias de Santiago.

Habíanse hecho en la Habana iguales ó muy semejantes prevenciones de defensa en todos los casos de guerra precedentes; el comun de su vecindario, su guarnicion y su marina suponian al puerto muy asegurado con la presencia de la escuadra para que inten-

taran los armamentos enemigos lo que en sus épocas no osaron con medios pederosos ni Hosier, ni Vernon ni Knowles. En ninguna guerra hubo en aquella capital menos temores de invasion que en esta, por mas que se los anunciase á Prado y Hevia por el gobernador de la parte francesa de Santo Domingo el jefe de la escuadra de la misma nacion anclada en aquellas aguas, y aun por el mismo Madariaga.

El 24 de mayo por la tarde, alegando tener que comunicar al gobernador avisos de importancia suma, un hombre, cubierto de sudor y fango, penetró hasta la antesala de Prado, que habitaba en el castillo de la Fuerza. No eran horas de audiencia, y le despidió con aspereza y aun denuestos el secretario García Gago, que al oírle nombrarse D. Martin de Arana, traficante de Santiago con Jamáica, desestimó el valor de sus noticias. Vanamente acudieron á Prado para que le oyese aquella misma noche el sesudo auditor de guerra don Martin de Ulloa y el capitan de navío D. José de la Colina, que conocian á Arana como veraz y como fiel. Ni aun quiso leer sus informes y gacetas, suponiendo el gobernador incompatibles la lealtad y el patriotismo con los hábitos del contrabando. Arana, que se hallaba en Kingston dos semanas antes, al observar aprestos para un armamento formidable, al oír que habia de caer sobre la Habana, anhelando avisar tamaña nueva, corrió á embarcarse en un lanchon de contrabando que salia para Wallis, y logró á fuerza de oro que el patron le echase á tierra hácia el cabo de San Antonio. Desde

allí cabalgando día y noche en potros sin montura, con lluvia y sol, sin descanso y aun sin alimento, se había precipitado á encontrar en aquella capital una acogida ingrata, una repulsa indiscreta, en vez de premio.

La declaración de guerra del monarca español halló esta vez á la Inglaterra mas preparada que en todos los rompimientos anteriores. Hacia cinco años que sostenia una lucha feliz contra la Francia, y despues que con la conquista del Canadá completó la del continente septentrional de América, su marina sin rival en las Antillas se apoderaba en 1764 sucesivamente de la Dominica, de la Martinica, la Granada y sus islotes adyacentes, Tabago, Santa Lucía, la Guadalupe y San Vicente. Al principiar el siguiente año no conservaban otra colonia los franceses que su parte de Santo Domingo, en cuyos puertos se acogia una escuadra muy débil para hacer rostro á la inglesa, mandada por sir James Douglas. Determinó el Gobierno inglés inaugurar la guerra contra España con un golpe que la conmoviese lo bastante para solicitar la paz, y nada menos era que la conquista de la llave principal de sus colonias, de la Habana. Fueron sus providencias tan activas, que ya en 5 de marzo cinglaban de Spithead para Jamáica 64 buques con el almirante sir Jorge Pocock y mas de 10,000 hombres que mandaba lord Albermale, amigo y favorecido del duque de Cumberland, pero menos general que cortesano. Expidió al mismo tiempo prontas órdenes para que sir Douglas se incorporase á Pocock en Jamáica y que sir Jeffety Amherst, gobernador general de la

Anglo-América, reuniese en Nueva-Yorck y en Charlestoun los refuerzos navales y terrestres que Albermale le reclamase. El 26 de abril se verificó en la Martinica la formidable reunion de tantas fuerzas; ni antes ni despues, ni en calidad ni en número, se vieron en América mayores.

Componíanse las marítimas de 26 navíos de línea: uno de á 90, otro de 80, cinco de 74, dos de 66, cinco de 64, cinco de 60 y cuatro de 50; tres fragatas de 40, dos de 32, cinco de 28, una de 24, cuatro de 20, y además otros buques menores entre bergantines, trincaduras y brulotes. Sumaban todos estos buques 2,292 piezas de artillería de bronce con un repuesto inagotable.

Además de la artillería con parque de campaña y tren de sitio, de un cuerpo de ingenieros con un inmenso acopio de tiendas, herramientas y pertrechos, contábanse en la expedicion hasta 20 regimientos, repartidos en cinco brigadas, todos veteranos y probados en cinco años de guerra y de batallas en Alemania, en el Canadá y en las Antillas. A la insuficiencia militar de Albermale suplia ventajosamente su segundo el teniente general sir Jorge Elliot que años despues eternizó su nombre defendiendo á Gibraltar, y rayaban entre los cabos principales los brigadieres Lord Rolls y Francis Graut, conquistadores de la Martinica y otras islas, y sobre todo sir Guillermo Howe, militar esclarecido y el único caudillo inglés que luego recogió laureles en la lid entre la Gran Bretaña y sus colonias.

Sin contar los refuerzos que Albermale esperaba de Jamáica y Charlestoun, ni sesenta individuos del ramo de sanidad militar, llegaban á 12,044 hombres los de desembarco, que reunidos á 8,226 que contaban las tripulaciones y tropa de la escuadra, formaban un total de 20,267.

Toda esta armada salió de la Martinica el 6 de mayo navegando con lentitud, pero reunida. Era ya el 17, cuando despues de acorrallar á la escuadra francesa de Mr. de Blenac en el Guarico, marcó el cabo de San Nicolás y pudo avistarse desde Baracoa. En estas aguas tomó Pocock una resolucion que habria sido su ruina, si llegados á tiempo los avisos de su rumbo á la Habana y al Guarico, Hévia y Blenac obraran de acuerdo y con audacia. Guiándose por cartas españolas, y explorada su derrota por algunos prácticos que encendian de noche hogueras en los cayos, con una imprudencia de cuya responsabilidad le libró el éxito solo, introdujo el 27 un armamento inmenso en las peligrosas angosturas del canal viejo de Bahama. Si durante las siete cingladuras que gastó en salvarlas Pocock, avanzando siempre con la sonda y con señales, le arremetieran á la vez por vanguardia y retaguardia á la entrada y la salida del canal los diez navíos españoles de Hévia y los siete franceses de Blenac, mas bien que impracticable, verosímil era que marinos como D. Luis de Velasco, el marqués Gonzalez y D. Juan Postigo, oficial antiguo del *Glorioso*, que maniobreros tan consumados como don Juan de la Colina, como Blenac y aun el mismo Hévia,

inmolasen allí digno holocausto á los manes de aquella gran armada de Felipe destruida en las costas de Inglaterra, mas por un huracan que por los hombres. Pero tenia que cumplirse lo que estaba escrito. El gobernador de Cuba, Madariaga, no supo la direccion del armamento inglés hasta que pasó la oportunidad para avisarle, y los generales que mandaban las escuadras, forzados á observar distintas instrucciones, mal pudieron concertar sus movimientos sin estar en correspondencia uno con otro. Tanto como la inaccion de sus enemigos favoreció á Pocock un tiempo bonancible en el canal. El 2, al desembocar ya su vanguardia, avistó por el N. O. á tres embarcaciones españolas que iban á cargar madera á Sagua escoltadas por la fragata *Tetis* de á 22 cañones, y la urca *Fénix*, de á 18. Alcanzaronlas despues de una caza de seis horas las fragatas inglesas *Echo* y *Alarm*, de 28 y 32, trabándose por la tarde una refriega terminada por la rendicion del *Fénix* y del *Tétis* con 40 muertos y 44 heridos, pero perdiendo solo la *Alarm* 17 hombres : percance este que arrebató á la defensa de la Habana unos 300. El 5 se reconcentró con su inmenso convoy toda la escuadra por el horizonte de Matanzas, y los primeros resplandores del día 6 enseñaron á los habitantes de la Habana por el suyo los 53 buques de guerra y los 200 trasportes que los seguian.

Prado, sin perder tiempo, ordenó que se pusiera la guarnicion sobre las armas y se convocaran las milicias, trasladándose á observarlos desde el Morro con Hévia,

Tavares, Colina, Velasco y otros jefes. Mientras cundia el desasosiego por un pueblo desacostumbrado por catorce años de paz á estas alarmas, tomaban Prado y Hévía por cavilaciones las juiciosas conjeturas de Colina, y á las doce se retiraban á la plaza, persuadidos de que el armamento descubierto era la flotilla que iba todos los años de Jamáica á Europa en ese tiempo, que mas considerable en este que en los anteriores por ser de guerra, navegaba escoltada por la escuadra. Al saltar en tierra vió Prado á D. Martin de Arana, que hablaba con Ulloa y otras personas: «¿Qué es esto, señor »Arana? le preguntó el gobernador.—¿Qué ha de ser, »señor? le respondió el interrogado, lo que yo vine á »anunciar á V. S. quince dias hace, atropeliando todos »los peligros como buen vasallo del rey, y buen español. » No tardó en desengañar á Prado una confirmacion de esta respuesta. Apenas habian vuelto á la Fuerza, cuando les avisaron desde el mismo Morro que viraban todas las embarcaciones enemigas, navegando en direccion del puerto.

Multitud de vecinos y familias apresuraron su salida al campo, mientras se agrupaban otros en los umbrales de la Fuerza á pedir armas, y corrian los capitulares á ofrecer á Prado para la defensa su sangre y sus caudales. No perdió tiempo este gobernador en reforzar los castillos y puertos de la entrada. Ascendió en nombre del rey á coroneles á los regidores y capitanes de milicias, D. Luis de Eguiar y D. Laureano Chacon, que aspiraron á ese cargo, en un trance tan árduo como

honroso. Hacia ocho días que, despues de dejar cincuenta en Cuba á las órdenes de Madariaga, habia llegado por tierra á Guanabacoa con 150 ginetes desmontados, el coronel de dragones de Edimburgo D. Cárlos Caro, activo y entendido escuadronista, á quien encargó aquel general la complicada comision de recolectar los caballos y monturas que cedieron los municipales y pudientes, montar aquella fuerza, reunirla á los restos de las antiguas compañías de caballos que mandaba el capitan graduado de teniente coronel D. Luis Basabe, á todas las milicias de ambas armas que se fueran presentando hácia Guanabacoa y Santa María del Rosario, y cubrir con estas fuerzas el litoral que corre desde Bicuranao hasta Cogimar. Caro, Aguiar y Basabe, que le acompañaban, ejecutaron con presteza todas estas órdenes, allegando por la tarde considerable tropel de paisanaje y milicianos.

Hévia no anduvo menos diligente en poner todas sus naves en franquía, á excepcion del *Conquistador*, que se estaba carenando y á cuyo comandante, D. Pedro Castejon, destinó Prado á mandar las fuerzas que le quedaban de reten; despues de destacar á la Chorrera al coronel del fijo Arroyo, con todas las compañías de granaderos de su regimiento, y de los dos batallones de Aragon y España, y con doscientos soldados de marina que mandaba el capitan de fragata D. Ignacio Ponce, segundo de Castejon en el *Conquistador*. Como al paso que el armamento inglés se dirigia á la costa, su inmensa línea se extendia de barlovento á sotavento,

era de recelar su simultáneo desembarco por ambos flancos de la plaza, y tambien imperiosa la medida de cubrir aquel surgidero tan expuesto como los de Cogimar y Bacuranao, encomendados á D. Carlos Caro.

Muy adelantada estaba ya la tarde cuando avanzó Pocock á dos tiros del Morro, y como una brisa levantara resaca por las playas, de acuerdo con Albemarle determinó suspender hasta el siguiente dia la operacion del desembarco. Pusieron todos sus buques á la capa, y á muchos lisonjeó en la Habana la esperanza de que no llegarían á ejecutarlo. Caro, sin que nadie atendiera á la subsistencia de su gente, pasó la noche en la playa de Cogimar levantando parapetos en el surgidero y haciendo que el ingeniero Calderin y sus trabajadores lo dispusieran para la defensa del torreón. Supérfluas prevenciones. Durante las primeras horas del dia 7 saltaron todas las tropas inglesas en las lanchas; la artillería de las corbetas *Mercury* y *Bouetta* redujo simultáneamente á escombros á los dos torreones de Cogimar y Bacuranao, al paso que el navío *Dragon* y otras embarcaciones batieron con metralla y bala rasa el monte de la costa, adonde se replegaron Caro y las milicias. A las dos el comodoro Augusto Keppel, hermano de Albemarle, logró, pues, verificar sin resistencia el desembarco echando inmediatamente en tierra por Cogimar á la primera brigada, una numerosa columna de granaderos y otra mayor aun de infantería ligeras, mandadas por Elliot, mientras el mismo Albemarle desembarcaba por Bacuranao con la mayor parte de sus fuerzas, y mien-

tras corriéndose Pocock hácia el O. con la mayor parte de la escuadra, mandaba Prado que Castejón volase á la Chorrera con casi todas las que se reservó el día antes de reten.

Observando Caro que á las tres se ponian en movimiento todos los desembarcados hácia Guanabacoa, formando dos columnas de camino paralelas, desconfiando con justicia de la condicion y estado de su gente, labriegos sin enseñanza militar, armados los que mejor con malas escopetas, y que desde la mañana anterior no habian comido, se retiró.

Al amanecer del 8, antes que las columnas de Albermale, dirigidas por su jefe de Estado mayor, Carleton, se incorporasen con las de Elliot, Caro destacó á la Cabaña á su mal arrendada y desfallecida infantería, y manteniéndose en reserva con cincuenta dragones, los únicos de su regimiento que habian podido habilitarse de caballos, ordenó á D. Luis Basabe acometer á la vanguardia inglesa, con doscientos lanceros de milicias y cincuenta veteranos de las antiguas compañías. Hacía este ensayo, por poner á prueba el jactancioso ardor de los jinetes milicianos, y cubrir el honor de su forzada retirada. Pero el entusiasmo y el valor nunca equivalen á la disciplina. Mientras los dragones de Edimburgo dirigian desde un platanar su tiroteo sobre las rojas masas invasoras, los colectivos escuadrones de Basabe, sin que su superioridad les arredrara, cerraron sobre el enemigo con decisión, pero fueron recibidos con vigor y huyeron en desórden. Veinte y nueve

hombres perdieron en ese momentáneo choque, entre ellos á D. N. Castillo, uno de sus mejores oficiales, ofendiendo solo al inglés alguna rara herida. Un súbito aguacero y el carecer de caballería los enemigos, les impidió la persecucion de los campesinos fugitivos. Pero mientras Caro con su corto escuadron se refugiaba en órden sobre Jesus del Monte, entraban los ingleses sin obstáculo en Guanabacoa, abandonada por sus moradores, sorprendian la caballada allí reunida para acabar de montar á los dragones, y con las sillas y frenos que tenian improvisaron sin demora un escuadron que Albemarle dió á mandar al capitan Huttie.

Caro, despues de situar una gran guardia que les observara desde el Luyanó, y de establecer en Jesus del Monte á su restante fuerza, mandando que se reconcentraran allí los milicianos, corrió á participar á Prado y á la Junta de guerra lo que sabian ya por los prófugos.

La Junta, desde el dia anterior habia sido convocada por el capitan general en cuanto se cercioró del desembarco, formándola por órden de graduacion y antigüedad, Superunda, Tabares, Hévia, el teniente rey Soler y los capitanes de navíos, D. Juan de la Colina, don Francisco Garganta, D. Juan del Postigo, D. Francisco Medina, D. Juan Ignacio de Madariaga, D. Francisco Bermudez, D. José de San Vicente y el marqués Gonzalez, ejerciendo el empleo de secretario García Gago.

Militar disciplinista y de valor, pero sin expediente, no fue allí Prado desde luego mas que un dócil instrumento de Hévia, cuya capacidad y su índole imperiosa

dominaron desde luego al presidente. Superunda y Tabarés, aunque despejados ambos y de una experiencia consumada, considerando incidentales, como su desdichado arribo al puerto, sus deberes con la junta, esquivaron tomar la iniciativa en toda providencia, por mas que se las sometiesen todas con estudiada deferencia los demás vocales y aun el mañero montañés Colina. Postigo, que fué segundo del bailío Lacerda en las heroicas y postreras jornadas del navío *Glorioso*, incapaz de cejar en el peligro, tambien lo era para oponerse á las ideas de su superior el jefe de escuadra Hévia, y tan sumisos como él eran sus compañeros, exceptuando al argumentador Colina y al marqués Gonzalez, navarro independiente y de altos pensamientos, pero de poca affluencia en el discurso. El teniente rey sometió su parecer al del capitan general, y los coroneles de los cuerpos tenian que emplearse en las operaciones; luego menester era que en la junta dominase la influencia del marqués del Real Transporte, venciendo la moderada oposicion de Colina y de Gonzalez, y no permitiéndole otros cargos al intendente Montalvo concurrir á sus primeras deliberaciones. Atropelladas y contradictorias sus providencias, se resintieron desde luego de los apuros de su estado y de la desproporcion de los medios de defensa con los de la agresion mas formidable que se habia visto en América.

La fiebre amarilla del año anterior, que se reprodujo en mayo con fiera á la presentacion del armamento inglés, tenia ya devorada la mitad de las fuerzas de

la guarnicion y de la escuadra, que aun incluyendo á los enfermos de los hospitales no ascendian sino á 2,784 hombres. Este guarismo desanimador se componia de 484 del batallon de España, y 265 del de Aragon, gente bisoña, mas lucida y dura, toda de aragoneses y alcarreños; 856 del de la Habana, cuerpo fijo compuesto de naturales de las Canarias, mas inclinados á industrias que á la disciplina; 450 dragones de Edimburgo que acababan de desembarcar y de ponerse por primera vez el uniforme; 404 artilleros de la plaza, y 750 de marina, que eran excelentes.

Al saberse el 7 dónde desembarcaba el enemigo, supúsose con juicio que fuera la Cabaña el preferente objeto de su ataque, y fué la primer medida de la junta enviar á aquella altura á los ingenieros Ricaud y don Juan Cotilla, con toda la maestranza del arsenal y de la plaza á formar y artillar otro reducto y á asegurar con los esfuerzos de un dia solo el mismo puerto que no se habia fortificado en año y medio. En pocas horas improvisó la marinería en el arsenal una gran balsa para remolcar de una parte á otra de la bahía tropas, trabajadores y cañones, y como mas pronto sobresaliente en las urgencias, trasladóse Castejon á cubrir á la Cabaña con la fuerza veterana que habia llevado á la Chorrera, adonde vino á reemplazarle Aguiar con la mitad de las milicias, permaneciendo las demás con aquel jefe en la Cabaña. Agotáronse en treinta horas las fuerzas de aquellos oficiales, y un millar de obreros, antes de trazar otro reducto fronterizo al Morro en aquel suelo in-

dócil al hierro y al trabajo. ¡Vana faena! Al anochecer del 8, Carletón con 2,000 hombres destacados de Guanabacoa se dirigió á examinar la posicion, y sin reconocerse con la oscuridad tiráronse unas á otras las tropas que la defendian, se dispersaron despavoridas las milicias, se consideró por la junta indefendible un puerto de que la conservacion de todos los otros dependia, y se ordenó que Castejon se reembarcase para la ciudad con su fuerza veterana, dejando allí solamente 300 milicianos para clavar la artillería, tan penosamente subida á aquella altura el dia anterior, y para evacuarla tambien, « siempre que fuesen superiormente atacados. »

Al mismo tiempo que con tanta precipitacion se abandonaba al enemigo la llave de la plaza, adoptaba la junta un singular arbitrio para conservarla. Recelando que intentara Pocock forzar la entrada de la bahía, mandó barrenar y sumergir en ella á los navíos *Neptuno* y *Asia* y al *Europa* luego. Tal consejo inspiró á Hévia y aun al contradictor Colina la memoria del éxito con que veinte años antes le siguieron Eslava y Lezo defendiendo á Cartagena, sin examinar ni la diferencia de configuracion de entrambos puertos, ni la desigualdad de circunstancias y de casos de uno y otro asedio. Con esta determinacion se sujetó una escuadra excelente y numerosa á seguir igual suerte que la plaza, se sacrificaba la cuarta parte de ella á un temor que la dificultad de la entrada del puerto hacía infundado, y de una vez se malograban cuantas coyunturas se ofrecieran para que combatiесе acoderada á los castillos ó tomara el

largo. Y no podia salvarse sino con la Habana, y esta con la evacuacion de la Cabaña tenia infaliblemente que perderse. Originó tan desalentadas providencias el comun deseo de reconcentrar en su recinto y sus castillos el mayor número posible de fuerzas veteranas; y en efecto se reforzaron con un millar de marineros, desaparejándose los buques á excepcion del *Alquilon*, del *América* mandado por Colina, de la fragata *Perla*, de la Compañía, y de otros dos ó tres apostados en las puntas convenientes de la bahía para proteger las avenidas y aproches de la plaza. El balerío, la pólvora y las mejores piezas de los navíos se trasladaron con prontitud á los castillos y á diferentes baterías, lo mismo que sus pertrechos y sus víveres.

Por Batabanó, por Jagua, por Cabo Corrientes y por lo interior de la Isla se apresuraron Prado y la Junta á avisar la situacion de la Habana al virey de Méjico, á los gobernadores de Yucatan, de Panamá, de Cartagena, al presidente de Santo Domingo, y se expidieron las órdenes mas apremiantes á Madariaga y á todas las justicias y tenientes para que pusieran inmediatamente sobre las armas á todas las milicias, y que destacasen á socorrer la capital á cuantos estuvieran en estado de hacer este servicio. Fué bien singular que cuando firmaba Prado el pliego en que solicitaba los auxilios de los franceses del Guarico, le presentaban otro en que tambien se los pedia á él su gobernador Bory, creyendo que descargaria sobre él la tempestad que descargó sobre la Habana.

Mientras los jefes militares, el cabildo y los notables excitaban al levantamiento en masa contra los invasores, acababan de inflamar el espíritu público los discursos del obispo Morell, á quien sorprendió la invasion por Bejucal y Santiago de las Vegas. De su orden predicaron al momento los párrocos una cruzada contra los herejes, esmerándose en robustecer al patriotismo con la intolerancia religiosa. No pasaba de setenta mil almas la poblacion de la capital y sus partidos adherentes, ni de siete mil toda la parte masculina capaz de empuñar las armas; pero fueron de entre estos muy contados los que no se presentaron á tomarlas por causas muy evidentes y legítimas. A todos los que no eran milicianos, blancos, mulatos ó negros, el deber de una comun defensa, que no admitia excepcion de rangos y colores, los convirtió de repente en voluntarios; y los hacendados comarcanos, unos por forzosa imitacion, los mas por celo, siguieron el ejemplo generoso que les dió el intendente Montalvo, abandonando las cosechas de sus dos ingenios por emplear todos los brazos de sus negros, ó en las operaciones exteriores ó en las faenas de los fuertes y el recinto.

Obligado á permanecer en él, no podia Prado dirigir las operaciones en el campo, ni tampoco atender al gobierno general de toda la isla; razones que le decidieron con anuencia de la Junta á nombrar comandante general al capitan de navío D. Juan Ignacio de Mada-riaga, hermano del gobernador de Cuba, y gran amigo suyo, traspasándole todas sus atribuciones y poderes

para mandar tropas y milicias, administrar justicia, gobernar el país, y organizar la defensa en la campaña, operando bajo sus auspicios Caro con la caballería veterana y voluntaria, Aguiar y Chacon con los milicianos y gente de color de á pié. Madariaga llamó á las armas, ofreciendo el enorme prest de un peso diario, no solo á los voluntarios del país, sino hasta á los desertores de tropa y á los galeotes huidos que se presentaran á tomarlas. Para que no escaseara de recursos los primeros dias, destinó Prado á sus órdenes con noventa y ocho mil pesos, y el título de tesorero de campo, á don José Vertiz-Verea.

Viejos y cansados los castellanos del Morro y de la Punta, fortalezas tan expuestas á sobrellevar el mayor peso del asedio, desde luego los reemplazó Prado de acuerdo con la Junta, al primero con D. Luis Vicente de Velasco, indomable alma, cuya intrepidez crecia con el peligro, y al segundo con el de igual clase D. Manuel Briseño, tambien muy acreditado por su temple y por otras cualidades.

Coincidieron con estas providencias otras tan dolorosas como necesarias; la de hacer salir de la ciudad, antes que los movimientos del enemigo lo estorbaran, á cuantas personas aumentaran su consumo sin contribuir á su defensa; la de despejar los aproches del recinto incendiando los mezquinos caseríos de afuera, que se llamaban ya arrabales, de Guadalupe, la Salud y Jesus María.

Al amanecer del 40 todas las monjas en calesas muy

cerradas, las comunidades religiosas y una atribulada grey de viejos, de mujeres y de niños, en carruajes, en caballerías, en carros y aun á pié, salieron de la capital con la escolta de una compañía de milicias, dirigiéndose hácia Santiago, Bejucal y Managua, aldea que comenzaba á formarse ya en tierras de los Calvos. Un sol abrasador, la sed y el hambre, fueron los solos contratiempos que sufrió esta indefensa caravana de trémulos ancianos y de madres con sus hijos en los brazos. Fué bien reparable que cuando la Real Compañía y los particulares se aprovecharon de aquella coyuntura para extraer todo su numerario y sus mejores prendas de una plaza ya asediada, el gobernador y la Junta considerasen mas seguros dentro de la Fuerza los caudales que habia traído Colina con destino á España, las cajas reales y los fondos de la factoría. No se extrajo para fuera entonces mas cantidad de fondos del Erario que la de quinientos mil pesos puestos á disposicion de Maderiaga y á cargo del tesorero de campo, un comerciante catalán que nombró Prado, como se ha dicho, para pagar los suministros y estipendios á los milicianos.

Entre tanto, Arroyo, Aguiar y Chacon, ensordeciéndose por cumplir este deber á imprecaciones y protestas, incendiaron en la misma mañana del 10 todo el caserío de los suburbios que afectaba á los fuegos de la plaza. Era de maderajes y techado de guano casi todo, y en menos de dos horas se convirtieron los llamados arrabales en pavesas. Con la misma prontitud se volvieron barrizales y lagunas los campos que circundaban la

muralla, rotas las diversas acequias de la zanja por los milicianos. Esta medida, sin privar de aguas potables á la plaza, bien surtida por aljibes, impedía al enemigo abrir trincheras contra sus cortinas, casi todas desprovistas de foso, camino cubierto y estacadas.

El mal estado del recinto no fué la sola prueba de lo poco que en el largo y pacífico gobierno de Cagigal se habia atendido á pretensiones militares. No se encontraron de servicio ni la mitad de los tres mil y quinientos fusiles hallados en los almacenes para distribuírseles á las milicias; apenas pudieron completarse dos mil armas de fuego útiles, con los entresacados de la sala de armas, con algunas carabinas que aprontó Hévía de la escuadra, y con las escopetas de caza halladas entre el paisanaje. Luego todas las fuerzas que podian oponerse al formidable armamento de Albemarle se reducian á dos millares de peninsulares veteranos de los batallones de España y Aragon y de marina, á otro escaso de los isleños del Fijo y de la artillería, á dos de milicianos y paisanos, unos con voluntad, otros sin valor, todos sin disciplina ni enseñanza. Con medios tan desproporcionados á los de su ataque, solo permitian esperar que triunfase la defensa por la inclemencia del clima y la impericia del caudillo inglés.

Permaneciendo con el grueso de sus fuerzas en Guanabacoa, no creia este que careciera de fuerzas veteranas una posicion tan importante como la Cabaña, y cuarenta horas despues que la dejó evacuada Castejon, fué cuando dispuso que la atacara Carleton con dos mil

hombres. Ante fuerzas tan superiores, hubieron de replegarse sobre el Morro haciendo fuego, en la mañana del 11, los 300 milicianos que allí habia, abandonando la posicion á los ingleses. Era en ellos mas perdonable esta conducta, que en Prado y en la Junta el haber fiado la guarda de tal puesto á tan pocos y tan bisoños defensores.

No contando Pocock con que el ataque de la Cabaña obtuviera un éxito tan pronto, mientras Carleton se dirigia á ocuparlo, intentó llamar á los españoles la atencion destacando simultáneamente á la embocadura del Chorrera los navíos *Nottingham*, *Belleisle* y otros, con las fragatas *Mercury* y *Bouetta*, que al mediodía reconcentraron sus descargas sobre el débil torreón de aquella playa. Habia reparado sus defensas con premura D. Antonio Trevejo, jóven habanero de conocimientos, que servia de ingeniero voluntario, y abrió una trinchera para resguardo de las milicias de Aguiar que cubria el surgidero. No permitiendo las ondulaciones de la costa en aquel punto que fuera batido el torreón sino oblicuamente desde el mar, mas de dos horas estuvo contestando á los fuegos de la escuadra con los de su batería de seis piezas de á ocho. Pero luego que fueron desmontadas y parte del fortin derruido, Aguiar con poca y mal armada gente para oponerse al desembarco, se retiró hácia la plaza por la costa, dejando á los ingleses dueños de la sola agua potable que habia en ella y aun de los aproches del recinto, enseñoreados tambien algunos dias despues de la loma de Aróstegui,

descubierta entonces por desgracia y coronada hoy por una soberbia ciudadela.

No pudiendo Madariaga y Caro ordenar y mucho menos regimentar á las milicias, ni suministrando un peso diario á cada voluntario, se resignó el primero á consentir que los capitanes D. Diego Ruiz y D. Bernardo Diaz operasen aisladamente con sus compañías; que el alcalde provincial de Guanabacoa, D. José Antonio Gomez, conocido en todo el país por Pepe Antonio, y á pesar de sus años, por su agilidad y su destreza como cazador, tambien obrara por su cuenta con porcion de monteros escogidos; y que formara además otra partida el oficial veterano D. José Bernet, llamado el Jerezano, y tirador famoso. El aura de estos hombres entre los labriegos de un país en todo tiempo libre de sujecion militar y de sorteos, los empleó con mas provecho que la disciplina y la severidad de Caro, que los miraba con desden, y de quien tenian recelo.

Mientras este jefe organizaba y montaba en Jesus del Monte á sus dragones sin que le inquietaran los ingleses, concretados entonces á proveerse de agua en el Chorrera (es un rio), á acarrear sus repuestos y sus trenes desde Cogimar hasta la Cabaña, acreditábanse aquellos guerrilleros, mayormente los dos últimos, de infatigables y de audaces.

Ya el 9, Ruiz y Diaz envolvieron un piquete en Corral-falso, en los egidos de Guanabacoa. Mataron á mas de veinte ingleses, y hubieran exterminado á los demás de aquel destacamento, si sus avanzadas no acudieran

á librarlos, perdiendo Ruiz la vida en este encuentro, que les costó tambien la suya á algunos milicianos.

Mas feliz que ellos Pepe Antonio, despues de sacrificarles mucha gente, se apoderó en los siguientes dias de otro piquete destacado á buscar reses y forraje, y el 43 introducía en la plaza ochenta y tres prisioneros enemigos. A los tiros del Jerezano sucumbian cuantos marinos y oficiales penetraban rio adentro del Chorrera, y en aquel mismo dia el imprudente capitan Walker quedó hecho prisionero.

Si la primera operacion de Albemarle, el desembarco de las tropas por Cogimar, habia sido una falta, lo era aun mucho mayor el de los trenes de sitio por el mismo punto, todo cubierto de espesuras y malezas hasta la Cabaña. Dueño del desembarcadero, su excesiva superioridad numérica aseguraba la conduccion de sus piezas y furgones hasta aquella altura por medio de un terreno despejado, abierto por senderos. Pero la menor distancia le hizo preferir el de Cogimar, mucho mas vecino de la posicion en que iba á establecer sus baterías, aunque de tránsito tambien mucho mas ágrio y mas difícil, todo suelo de monte cerrado y peña viva.

Aun mas absurdo y menos justificable desacierto cometió Albemarle empezando sus operaciones por el Morro, de cuyo ataque se encargó desde el dia 43 con un cuerpo de tropas su hermano el mariscal de campo Sir Guillermo Keppel. Una rápida ojeada sobre el mapa explicará cómo la expugnacion de ese castillo, indispensable para atacar por mar al puerto, atacando por

tierra con un ejército ya desembarcado para apoderarse de la Habana, era entonces supérflua. No dependía la plaza del castillo, sino el castillo de la plaza, de donde tenía precisamente que surtirse de repuestos y armas, de materiales, de peones y de tropa. Con una sola division que sin perder tiempo emprendiera el ataque de la plaza desde un puesto que la domina tanto como el de la Cabaña, con otra en el Horcon y en la loma de Soto ó de Atarés, y una tercera en la de Aróstegui y en la Chorrera para interceptar sus comunicaciones principales, la destruccion ó la rendicion eran dilema de contados dias, y sin efusion de sangre se obtenia despues la de aquel fuerte. Cada una de estas tres divisiones por sí sola seria superior en número, en calidad y en disciplina á cuanta fuerza bisona y colecticia reunieran los sitiados para hostilizarlas.

Mientras Keppel en el descenso de la altura que mira á aquel castillo abria las paralelas en una atmósfera de fuego y sufriendo sus disparos, empleaba el invasor todos sus medios en acarrear de Cogimar á la Cabaña sus almacenes y su tren de sitio. Quien conozca el clima y el lugar, calculará todo el esfuerzo con que los ingleses, picando piedra y monte con la zapa y con el hacha, arrasaron á brazo hasta las faldas y meseta de aquella eminen- cia casi todas sus enormes piezas en poco mas de una semana. Perdieron mas de 1,000 hombres en la faena, heridos unos de fulminante apoplejía, otros postrados de cansancio, de irritacion ó por la fiebre, y arrebatados muchos por el vómito que empezaba á cebarse

en sus lozanas filas. Con guerrillas de tiradores buenos y ágiles, un gobernador de mas instinto y expediente militar que Prado, habríales impedido ó entorpecido cuando menos tan lenta y trabajosa operacion á los ingleses. Pero ni aquel general tuvo la inspiracion de embarazársela, ni Madariaga se ocupaba mas que del abasto de la plaza, ni despues de tener ya montada su caballería hacia Caro otra cosa que excusar su inaccion con la indisciplina, la desobediencia y los desórdenes de las milicias. A juzgar por el tenor de las cartas de este jefe á Prado, las que se juntaban, desertaban y reaparecian por las inmediaciones de la plaza, era « inútil con cualquier especie de armas, en cualquier puesto y de todos modos. »

Luego que con el voluntario desarme de la escuadra española se descargó Pocock de ese cuidado, estableció con parte de la suya dos cruceros, uno de la Habana al cabo de San Antonio en acecho de los socorros y refuerzos que pudieran venir de Veracruz, y otro en la costa meridional que interceptara los que podian llegar de Cuba, del Archipiélago y de Tierra-firme. Hubiera infaliblemente caído en su poder toda la flota de aquel puerto, á no haber retrocedido, hallada y advertida muy á tiempo por un aviso que en los primeros de la invasion despachó Prado. Se enseñoreó la marina inglesa en esos dias de toda la costa occidental de la isla. El 11, el mismo dia que desembarcaba Howe en la Chorrera, y que Albemarle ocupaba á la Cabaña, tres balandras atacaron á la batería de faginas que defendia el surgi-

dero del Batabanó con seis cañones á cargo del teniente D. Carlos Desaus y algunos artilleros. Recibieron algunos tiros acertados, y luego se alejaron, pero apoderándose de una galeota que venia con frutos. El capitán de fragata D. Diego Argote, que del Continente venia para la plaza sin la menor noticia de su asedio, perseguido por dos navíos de guerra, el *Defiance* y *Hampton-court*, y hasta nueve bergantines y fragatas, tuvo que refugiarse en el Mariel el día 28 con la fragata *Venganza* y el bergantin *Marte*. De poco le sirvió la prontitud con que echó á pique á la entrada de aquel puerto una urca y una goleta en él ancladas, ni el valor con que se opuso algunas horas á que la forzaran. Considerando su captura inevitable, dió barreno á sus embarcaciones, y apresuróse á echar su gente en tierra con la pólvora y las armas. Impidió á fuerza de diligencia el enemigo que los dos buques se anegaran, logrando reforzar con ellos á su escuadra, pero no que fuese también á reforzar Argote á los pocos defensores de la Habana con doscientos soldados y marineros bien armados.

Otro crucero permaneció todo ese tiempo enfrente de la plaza lanzando proyectiles con poco éxito, ínterin de ambos campamentos de la izquierda y derecha de la bahía se dirigian varias columnas á recoger reses y caballos por Santa María del Rosario y campos aledaños, el Cano, el Wajay y Marianao. Frustró la prevision de Madariaga estos intentos haciendo que todos los estancieros internaran en el país sus ganados y sus frutos,

y los destacamentos enemigos no sacaron otros de sus correrías mas que lidiar por su frente, flanco y retaguardia con las partidas de Aguiar y de Chacon, de Bernet y Pepe Antonio, saquear la parroquial de aquella aldea, que alzaron y adornaron sus patronos los condes de Casa-Bayona, y añadir algunas bajas mas á las que les ocasionaban el vómito, la desercion y sus fatigas. Cuando el poco número de los combatientes permitia que la agilidad y el valor suplieran á la táctica, hacia la fortuna mas que alternar entre unos y otros, permitiendo que triunfara muchas veces la desordenada prontitud de las guerrillas de la lenta solidez de los ingleses. Pepe Antonio se distinguió entre los demás cogiéndoles ó matándoles mas de trescientos hombres en solo el mes de junio.

Las hostilidades, aunque vivas, se entablaron desde luego con un carácter de humanidad y cortesía honroso para los jefes de ambas fuerzas. Unas y otras trataban á los prisioneros y heridos enemigos como si pertenecieran á sus filas. Albemarle llevó los miramientos hasta poner á disposicion de Prado, para que él le castigase, á un oficial de milicianos que habia intentado matar al que le habia cogido; hasta permitir que D. Juan Miralles, á quien antes de cumplir su comision sorprendió el rompimiento en Inglaterra, desembarcara á correr la suerte de una plaza para lo cual nada habia obtenido su eficacia.

Era el Morro el objeto principal de las operaciones y fatigas de los sitiadores. Alzado ese castillo á fines del

siglo xvi por Antonelli para rechazar ataques de otro género que el de sir Keppel, abrazaba con un recinto de ochocientas cincuenta varas toda la meseta de un peñon saliente de veinte y dos piés de alto, en que termina la bahía por la orilla frontera á la ciudad, y que antes de fortificarse ya tenia aquel nombre. Se elevaban sus cortinas á la misma altura que el peñasco sobre el agua, formando un polígono con frentes irregulares y adaptados á la figura de su suelo, menos el del Sud, todo defendido por buen foso con puerta principal y rebellin al centro y flanqueado en sus extremos por dos baluartes ó caballeros triangulares, el llamado de mar ó de Texeda, al Este, y el de Austria al Oeste. Tanto en estos puestos mirando á la Cabaña, como en las baterías altas y bajas mirando á la marina, contaba la fortaleza cien cañones y una guarnicion de 300 veteranos y 50 soldados de marina, 50 artilleros y 200 trabajadores negros y mulatos. Estas fuerzas se relevaban de tres en tres dias, no por la puerta principal situada en el centro del frente hácia la plaza, y que mandó tapiar Velasco, sino por dos pescantes que en el mismo lugar se establecieron.

Si no se condujeron con acierto siempre, jamás se emprendieron hostilidades con mas prevision y precauciones que las del ataque de la Habana para asegurar el resultado. Tres trasportes traia Pocock cargados todos de pacas de algodón y de faginas hechas. Solo así pudieron las columnas y zapadores de Keppel, á pesar del vivo fuego de los baluartes meridionales del casti-

llo, establecer desde el 13 hasta el 28 una batería de cañones de veintey cuatro sobre el de Austria, y batiendo por la espalda la de la Pastora, otra de ocho del mismo calibre sobre el de Texeda, y las cortinas intermedias con el otro, y una mas de dos obuses de á catorce pulgadas á espaldas de la primera. Otra alzó Albemarle tambien por esos dias en la falda meridional de la Cabaña, y en sitio resguardado por los accidentes del terreno, para tirar sin ser dañado sobre los buques anclados en el puerto, designio que Hévia le frustró haciéndolos mudar de fondeadero, y situando al *Alquilon*, al *Infante* y al *Tigre* de manera que incomodaran con sus fuegos á los trabajadores enemigos.

No esperaron Keppel ni Pocock á que las baterías estuvieran terminadas; el uno para contestar con vigor á los del Morro, y arrojando el otro en esos dias mas de dos mil bombas sobre la plaza, aunque con poco estrago, detenidas sus bombardas á distancia por la artillería de la Punta, de San Telmo y aun del mismo Morro. Este fuerte, solo de la parte de tierra recibió otras tantas que le causaron multitud de bajas y la destruccion de su almacen el 23, sin que bastaran sus disparos alternados de fusilería, metralla y bala rasa, ni los de la Fuerza, la batería de San Telmo y la fragata *Perla*, para impedir que adelantaran sus trabajos los zapadores y negros de Keppel, bien resguardados de unos y otros fuegos por un enorme parapeto triangular de pacas y faginas.

Cansado Velasco de reparar de noche el daño que

sufria de dia, reclamó con toda la vehemencia de su genio que se dispusiera en la plaza una salida para destruir los trabajos de Keppel. Solo á favor de una sorpresa general y concertada, era posible la consecucion de tal intento contra fuerzas superiores y atrincheradas en una ventajosa posicion. La Junta cedió á las exigencias de aquel jefe, y dispuso que salieran 640 hombres á destruir cuatro baterías defendidas por mas de 4,000. Se dividió esta fuerza en tres destacamentos, todos á las órdenes del coronel del hijo de la Habana, Arroyo; el primero bajo su inmediata direccion, el segundo conducido por el teniente coronel D. Ignacio Moreno, y el tercero por el capitan de granaderos de España D. Nicolás Amer. Como si la operacion fuera obra de momentos y no pudieran estorbarla las tropas que á trescientas varas de distancia pernoctaban, era el plan que mientras los dos primeros sorprendian á las guardias de las dos baterías á las dos de la noche del 29 al 30, se destacara el tercero del castillo á desbaratarlas con su compañía, 50 soldados mas de España y alguna maestranza bien surtida de picos y azadones. Tambien llevaban sus trabajadores las columnas de Arroyo y de Moreno, que á las doce desembarcaron en el punto llamado del Cabrestante, atracadero que media entre la Pastora y el castillo. Allí se mantuvieron á la escucha, hasta que á las dos de la mañana y simultáneamente con Amer atacaron á los primeros puestos de la línea inglesa, poniendo sobre las armas como era natural á todos los demás. Aunque preludió el combate apresando

trece negros trabajadores del Morro á una avanzada de doce hombres, y ahuyentando Arroyo algunas mas, no podia ser dudoso su éxito. Gravemente herido Moreno, que atacó por la extrema derecha de la línea sitiadora, su columna se dispersó al momento por el monte, y tuvieron que imitar su ejemplo las del jefe principal y Amer, que corrieron á ampararse bajo los baluartes de Austria y de Texeda, cuyos fuegos evitaron su entera destruccion. Además de Moreno, tuvieron los agresores á tres capitanes estropeados, uno prisionero, 38 muertos y 65 heridos. No fué este el solo golpe que sufrieron los sitiados en aquella noche. Prado y Hévia habian creido proteger á Arroyo y distraer la atencion del enemigo dirigiendo otro ataque simultáneo sobre la batería que desde la falda meridional de la Cabaña hostilizaba al puerto. A pesar de la resolucion con que la subieron á aquella hora 400 veteranos de Aragon y de los otros cuerpos de la plaza, y del denuedo con que acometieron á la bayoneta á las primeras avanzadas, recibió una grave herida su comandante, el teniente de navío don Francisco del Corral, y su compañero D. Juan de Lombardon, rechazado por fuerzas superiores, antes que acudieran otras á envolverle se replegó con orden sobre el embarcadero, perdiendo entre muertos y heridos 37 hombres. En ambos choques ocasionaron á los ingleses mayor pérdida tanto los primeros golpes recibidos de sorpresa como el cañon del Morro, que socorrió con oportunidad á Amer y Arroyo.

No sin lanzar en ese mismo dia medio millar de bom-

bas sobre su recinto, empleó Keppel todo el 30 en perfeccionar sus obras, muy confiado en que no resistiría la fortaleza al doble ataque que por mar y tierra entre él y Pocock estaba concertado. En efecto, cuando sus baterías con el crepúsculo del día 4.º de julio rompieron los disparos, se colocaron á tiro sobre el Morro los navíos *Stirling Castle*, *Cambridge*, *Malborough* y *Dragon*, con doscientas ochenta y ocho piezas de grueso calibre entre los cuatro, número seis veces mayor que el del baluarte y frentes de la marina del castillo. Velasco, encomendando entonces la defensa de los baluartes de Austria y de Texeda á su segundo, D. Bartolomé Montes, se trasladó á rechazar el ataque de estos desde el de Santiago, que miraba á la entrada de la bahía con diez y ocho piezas, y una batería baja con doce. El *Stirling*, desentendiéndose de las señales del comandante de aquella division naval, M. Hervey, se retiró sin combatir; pero ya á las ocho rompieron los demás horrendo cañoneo, contestado por los españoles con constancia, y si no con tantas bocas, con mas tino. En las seis horas que duró esta lucha no parecia el Morro sino un volcan que vomitaba destruccion y muerte de su cráter. Aunque muriera su valeroso capitan Goostrey de los primeros tiros, el *Cambridge*, de á ochenta, conducido por su sucesor Lindsay, pagó cara la audacia de acercarse á medio tiro de metralla de la batería y baluarte de Santiago. En momentos se vió sin timon ni arboladura, inundadas de agua sus bodegas y de sangre sus cubiertas. Ya se iba á pique, cuando se apresuró á so-

correrle el *Malborough* remolcándole léjos del peligro, y entraba á sustituirle el *Dragon*, esforzándose como él en asaltar por mar la fortaleza. Su temeridad le costó salir tan maltratado como el otro, aunque con menos pérdida de gente, habiéndole desmontado á Velasco muchas piezas. Si no tan pronto, por ser muy firmes las obras que tenian al frente y muy débiles los parapetos de sus plataformas, tambien los dos baluartes de Austria y de Texeda impusieron silencio aquella tarde á las baterías de sir Keppel, mayormente cuando rechazados los navíos volvió Velasco á reanimar sus fuegos. Reveló á los ingleses el doble y sangriento combate de este dia, que dirigia la defensa del Morro un genio heroico; y obligó á su jefe de ingenieros Patrik Mackellar á confesar en su diario, «que desde el principio de aquella guerra, jamás habia encontrado su valor mas digno enemigo que D. Luis de Velasco, cuya conducta inspiraba veneracion á sus mismos adversarios.» Contribuyeron con el acierto de sus tiros al triunfo de este dia las baterías del castillo de la Punta y de San Telmo, gobernadas por Briceño y el capitan de artillería D. José Crell de la Hoz; pero no le lograron los españoles sin el sacrificio de 130 muertos y heridos, de lo mas granado de su corta hueste. Aunque solo en el *Cambridge* sufrieron sus enemigos mayor pérdida, excediendo en todos los puntos de 300 de una y otra clase, esta baja, para la superioridad numérica del sitiador era insignificante.

Relevada la guarnicion del Morro aquella noche, la

fatiga de tantas horas de combate no le impidió á Velasco pasarla toda entera en montar en cureñas de re-puesto todas las piezas que le desmontaran, en reemplazar los parapetos destruidos de las plataformas con trozos adaptados de madera que Montalvo le remitía del arsenal; en fin, en reparar los estragos de la fortaleza. Keppel dispuso el 2 que se trazaran nuevos reductos, redobló con vigor su cañoneo, hizo callar, desmontó y aun destrozó á la batería intermedia de los dos baluartes, pero sin impedir que los proyectiles y ollas de fuego de Velasco le prendieran á todos los combustibles de la segunda y tercera paralela, ya muy dispuestos á inflamarse por catorce dias de seca, y que se convirtiera en cenizas en menos de dos horas la labor de un millar de hombres en mas de tres semanas. *Funesto golpe*, dice el ingeniero inglés Mackellar en su diario de este sitio, *y mas sensible cuando las penalidades han llegado á hacerse insuperables*. «Las enfermedades traídas de la Martinica, y visiblemente aumentadas por la insalubridad del clima y lo penoso del servicio, han reducido al ejército á la mitad de su número, y redoblado por consiguiente la fatiga de los pocos que conservan fuerza para cumplir indispensables deberes. Cinco mil soldados y tres mil marineros están postrados por diversos males, al paso que la falta de buenos alimentos desespera á los enfermos y retarda su curacion, siendo de cuantos males sufren la escasez de agua el que mas agrava sus padecimientos. El tener que ir á buscarla á tanta distancia y en tan mezquina

» cantidad agota las fuerzas del soldado. Disminúyense
» nuestras esperanzas de éxito á medida que se adelanta
» la estacion de los huracanes en estas latitudes, porque
» si estallaran con su violencia acostumbrada se expon-
» dria la escuadra á un desastre inevitable, y tendria
» el ejército que renunciar al sitio sin su auxilio.»

Excitados sin embargo por la voz y el ejemplo de sus jefes, restablecieron sus baterías con increíble celeridad los sitiadores. Desde el 4 redoblaron con tal vigor los fuegos, que por la tarde solian quedar apagados casi siempre los de las caras del frente del castillo, derruidos sus débiles parapetos y garitas, y muerto ó herido un centenar de sus defensores. Tenia Prado que reforzarlos diariamente con gente y materiales, para que pudieran reponer de noche algo de lo que el cañon inglés destruia de dia.

El 15, Velasco, casi sin poder moverse con una fuerte contusion que el 14 recibió en la espalda, su segundo, el capitan de fragata D. Ignacio de Orbe, y el mayor Montes, los tres rendidos de fatiga y sin haberse desnudado en mas de un mes, tuvieron que retirarse á tomar algun descanso en la ciudad. Provisionalmente fueron relevados por D. Francisco de Medina, capitan del navío *Infante*, D. Diego de Argote, y el capitan de España D. Manuel de Córdoba. Pero Montes, que era despues de Velasco el alma principal de la defensa, volvió á los tres dias á desplegar en aquel puesto de honor y de peligro toda la vigilancia y la energía de su carácter.

Entre tanto, ¿en dónde estaban los socorros con tanta urgencia reclamados por Prado y por la Junta á todas partes desde las primeras horas del asedio? ¿Qué hacían el virey de Méjico, marqués de Croix, el gobernador francés del Guarico, el comandante de la escuadra francesa Blenac, los gobernadores de Santo Domingo y Cartagena, el comandante de las fuerzas navales de este puerto D. Luis de Córdova, y el gobernador de Cuba Madariaga? Todos recibieron nuevas oficiales del desembarco de Albemarle en diferentes días de junio; todos contestaron con promesas vagas ó con evasivas, y cada cual se limitó á resguardar su propio territorio de un peligro que uniendo sus esfuerzos pudieran disipar en el ajeno, defendiéndose aun con tanta gloria el Morro, y aniquiladas por la muerte y postradas por el vómito y la fiebre la mitad de las huestes invasoras.

Esa inacción, esa independencia de unos respecto á otros, esa tendencia á cubrir su responsabilidad personal en gobernadores de provincias todas dependientes de un mismo Gabinete, revelaban una falta de plan en este, y en aquellos de concierto, que forzosamente tenía que ser seguida de descalabros y desastres.

Por su dependencia del Gobierno de la Habana y amenazarle el peligro mas de cerca, contrastó sin embargo la conducta del gobernador de Cuba, Madariaga, con la de otros, desprendiéndose por socorrer á la capital de la mayor parte de su fuerza veterana, de su armamento y de sus municiones. Trescientos cincuenta hombres de Aragon, de la Habana y de Marina, con

dos mil seiscientos fusiles, alguna pólvora y pertrechos llegaron á Jagua en el navio *Arrogante* el 22 de julio. Temeroso del crucero de la costa meridional, previno Prado que vinieran desde allí por tierra. Perdieron muchos dias en reunir acémilas, en atravesar campiñas y senderos anegados con las lluvias, y su llegada á las inmediaciones de la plaza no se verificó sino cuando en lugar de alivio agravó mas el desastre.

La menor distancia y el celo del teniente gobernador de Puerto-Príncipe, D. Juan de Landa, permitieron que se presentasen desde el 8 siete compañías de milicias de Villaclara y Sancti Spiritus, con regulares armas y algunos caballos. Mandábanlas sus capitanes D. Juan Benito Lujan, D. José Guijarro, D. José Quesada, don Estéban Barona, D. Gregorio Velasco, D. Diego de Velasco y D. Pascasio Guerra, antiguos y generosos milicianos que por volar á la defensa de la capital lo abandonaron todo. Aunque sin llegar á 400 hombres con esta gente mista de tres razas, ágil, sóbria y connaturalizada con el clima, formó el lugarteniente Madariaga un cuerpo de 800, completado con milicianos escogidos para el servicio del recinto. Sus fuerzas con alarmante celeridad iban mermando con las bombas que llovian sin cesar sobre la plaza, y sobre todo defendiendo al Morro.

Propúsose Medina ensayar en la defensa del castillo un sistema contrario al de Velasco. El de este fué constestar al enemigo con el mayor número posible de cañones, y el del otro ahorrar sangre y municiones apos-

tando la gente detrás de las cortinas y baluartes, no permitiendo que los artilleros disparasen sino bien cubiertos despues de reparar los parapetos. No pasaron de doscientas cincuenta las bajas que sufrió el Morro en los nueve días que lo mandó Medina; pero Keppel, menos embarazado por sus fuegos, reforzó sus paralelas con dos baterías mas de obuses y cañones, y el ingeniero Mackellar adelantó con menos riesgo los trabajos de una mina. Sus cavidades, abiertas desde el pié de una cantera que lame el mar á barlovento de la fortaleza, se encaminaban á labrar hornillo en los cimientos mismos del ángulo del baluarte de Texeda. Nunca descubrieron los sitiados otra que emprendió Mackellar desde los reductos de la izquierda de su línea, y en direccion del ángulo saliente de Austria; no era su objeto practicable en la dureza de aquel suelo, todo de peña viva desde la estacada y foso.

Si por el mar y la Cabaña tan vivamente se estrechaba al Morro, concurría tambien á ofenderle mas de léjos el cuerpo desembarcado en la Chorrera. Desde la eminencia de Aróstegui, con un puesto en su cumbre y un campo atrincherado en San Antonio Chiquito por su falda, reforzado diariamente, menos castigado por la sed y por los soles en las arboledas de aquel sitio, y á veces solazado en la vecina quinta de Justiz, habia sido su comandante Howe quien dirigió las excursiones á los lugarejos del litoral de Sotavento. Impidiéndole la inundacion causada por las roturas de la zanja estudiar los aproches del recinto, reconoció la procedencia

de la corriente en el Husillo, y la causa del derrame en las inmediaciones de la plaza; y á fines de junio pudo desaguarlas represando por mas arriba las acequias. A primeros del siguiente extendió su campamento á la caleta de San Lázaro, sin que le resistiera su mezquino torreón abandonado; y desde ahí se propuso dos objetos importantes; mantenerse apoyado por la escuadra, y hostilizar de cerca á los baluartes del Angel y la Punta, y al castillo avanzado de este nombre. Estableció en efecto una batería de gruesas piezas, y dirigió sus tiros á la plaza; y descubriendo toda la entrada de la bahía y la comunicacion constante con el Morro, calculó que alcanzaria su cañon á embarazarla, avivando los disparos, con lo que consiguió tambien este tercer objeto el 15, el 16 y el 17. Madariaga, con su indócil tropel de milicianos, y distraido en sus miras preferentes de abastecer y reforzar á la guarnicion con víveres y gente, á ninguna de las operaciones de Howe opuso estorbo, aunque con frecuencia escaramuceasen con sus destacamentos y los rechazaran Caro, Chacon y algunos guerrilleros.

Inspirado por su intrepidez, Aguiar formó el proyecto de destruir el nuevo padrastro de San Lázaro, y cediendo Prado á sus instancias le permitió intentarlo con una compañía de migueletes, recién creada con pulperos y paisanos catalanes, y capitaneada por el teniente de España D. Fernando Herrera, y con otra de negros escogidos por su agilidad y su vigor. Dos horas antes que el 18 amaneciera, esta partida, favorecida por la oscu-

ridad, se deslizó con el mayor silencio desde la puerta de la Punta hasta San Lázaro, y realizó su fin con tanta suerte, que sorprendió á los centinelas de la gran guardia apostada en el reduto, degolló á mas de 20 hombres, hizo prisioneros á su comandante y á diez y seis otros, y poniendo en pavorosa fuga á los restantes, tuvo tiempo de clavar diez y seis piezas de á treinta y seis, y cuatro obuses, y de incendiar ó desbaratar la batería. Cuando acudió el airado Howe á castigarlos, estaban ya los expedicionarios de Aguiar distantes de su alcance.

No pudo caber parte en este lance heroico á Pepe Antonio, que sucumbió poco despues en el cuartel general de Madariaga, á males aumentados por su afanosa vida en el asedio.

Viendo la Junta que Howe restablecia sus fuegos en San Lázaro el 49; que Keppel acercaba mas y mas los suyos sobre el Morro con poca oposicion de sus casi desmontadas baterías, y que los desertores y movimientos del enemigo presagiaban su cercano asalto, esperó que se conjuraria volviendo á emplear el desastroso medio ensayado un mes antes por Arroyo, y que algunos centenares de hombres destruirian obras defendidas por algunos miles con vigilancia y con denuedo. No fué empero esta vez la tropa veterana la sacrificada. Las compañías de milicias de Tierra-adentro, mandadas por D. Juan Benito Lujan, la de migueletes catalanes y la de negros que acababa de señalarse en la sorpresa de San Lázaro, unos 800 hombres, des-

embarcaron en la madrugada del 22 al pié de la Pastora, treparon silenciosamente por la cuesta, ahogaron sin ruido á algunos centinelas, y acometieron con mas valor que órden á los destacamentos avanzados. El teniente coronel Stewart, que mandaba uno, dió lugar con su vigorosa resistencia á que acudiese Carleton con los demás, y un instante lucharon el entusiasmo y el valor contra el número y la táctica, hasta que Carleton, aunque gravemente herido, ordenó que dos batallones en masa cerraran sobre sus contrarios á la bayoneta. Intentando detenerlos, la compañía de migueletes casi toda se abrió honroso sepulcro entre sus filas; pero á pesar de su heroísmo, no era de los más propios este ejemplo para infundir aliento á campesinos que por primera vez oían de cerca el silbido homicida de las balas. Sus compañías se dispersaron como el humo, y desaparecieron por distintos rumbos con una agilidad que las salvó de su completa destruccion. A pesar de la viveza con que para protegerlos jugaron desde el amanecer sobre la línea inglesa las baterías de la Punta, de San Telmo, de la Fuerza y de los buques apostados, quedaron de los de Lujan sobre el campo mas de ciento; otros tantos se precipitaron y ahogaron en la bahía, unos cuarenta fueron recogidos por el enemigo mal heridos, y los demás se fueron sucesivamente presentando, unos salvados en las balsas armadas que el general Hévía habia aprestado, y otros dando la vuelta á todo el puerto. La pérdida de los ingleses fué tan grave, que por mútuo acuerdo de Prado y Albemarle se suspen-

dieron las hostilidades todo el dia para sepultar á los cadáveres.

Se sostenía firme aun el Morro, activamente aprovechada aquella corta tregua por Medina para restablecer los parapetos y remontar piezas, cuando, mejorado de su golpe, tornó Velasco el 24 á defenderlo, trayendo al marqués Gonzalez de segundo. La guarnicion celebró el regreso de su heróico jefe con un grito de entusiasmo, y la viveza con que de repente empezaron á disparar las baterías se lo anunció tambien al campo inglés. Velasco y el ingenioso Cotilla, que le acompañaba, reconocieron la mina abierta por Keppel; juzgaron impenetrable la roca amenazada que servia de base al baluarte de Texeda, y se tranquilizaron, trazando y abriendo aquella misma tarde una cortadura entre las rampas y cortinas que unian interiormente al baluarte de Texeda con la fortaleza. La suponian capaz de resistir aun un mes mas; veian que los refuerzos que esperaban los sitiadores no llegaban, que los iba aniquilando el clima, que se adelantaba el equinoccio, y contando con su auxilio formidable discurrían que no tardarian en reembarcarse ó en sucumbir privados de la escuadra. Iguales conjeturas que á Velasco lisonjeaban á Prado y á la Junta, sin exceptuar ni aun al sombrero Colina, á quien inspiraron los desaciertos de Albemarle un rayo de esperanza, por mas que vieran á la Cabaña coronarse de reductos por los frentes de la plaza, á la fragata *Perla* echada á pique el 25 por sus tiros y los estragos sufridos por la Punta, el baluarte

del Angel y aun la Fuerza, de donde tuvo aquel gobernador que trasladarse á San Isidro. No procedían solamente de aquella eminencia los daños que la plaza recibía, sino de las baterías de Howe en San Lázaro, y de las trincaduras armadas de obuses ó bombardas que sin cesar cruzaban frente al puerto.

En los días 25, 26, 27 y 28, Velasco dirigió sus disparos con tal tino sobre las fuerzas de los trabajos avanzados, que el 29 ya aflojaron mucho los de los ingleses, mas esperanzados en los adelantos de su mina que en la firmeza de sus paralelas. Mas de doscientas bajas les sacrificaron en tan breve espacio los frascos, las granadas de mano y el acierto de los tiradores que distribuyó aquel jefe por las baterías meridionales del castillo.

Se reanimaron las esperanzas de los sitiadores al ver desembarcar en la Chorrera al aclarar el 29 los refuerzos que al mando del brigadier Burton aportaron de Nueva-York tres buques de guerra y un número considerable de trasportes. Sin el ócio inexplicable de las fuerzas navales de Blenac el triunfo de Albemarle fuera dudoso. El convoy de Burton, que habia salido de aquel puerto el 9 de junio, despues de luchar muchas semanas contra un fuerte SE., fué reconocido sobre Cayo Confite el 24 por el capitan Fabre, segundo de Blenac, que con el suyo y dos fragatas cruzaba por las avenidas del canal de Bahama. Dió caza el francés á la fragata *Chesterfield* y á seis trasportes que vararon en los Cayos, y á pesar de su viva resistencia les arrebató

mas de 400 prisioneros y un rico repuesto. Pero reconociéndose muy débil para oponerse á toda la escolta del convoy, cingló para el Guarico á acreditar con la fortuna de este encuentro toda la gloria que aquel jefe con su vacilacion se habia perdido. Pocock, al saber este accidente, destacó algunos buques y trasportes que pusieran á flote á los varados, empleando un mes entero en tan lenta operacion y en traer los 3,500 hombres restantes de la division de Burton.

Entre tanto Mackellar, con su perseverancia y multitud de peones terminó los trabajos de la mina al anochecer del 29, labrando un vasto hornillo dentro de la peña misma que servia de asiento al ángulo del baluarte amenazado. Por el movimiento de los trabajadores y el de las embarcaciones que se arrimaron casi á tiro de sus baterías por la mañana, infirió Velasco que se preparaba el enemigo á asaltar por tierra y mar la fortaleza. Los escrúpulos de su conciencia militar fueron por un momento superiores á las inspiraciones de su brio, y consultó á la Junta sin demora «cuál de los tres »partidos deberia tomar, resistir ó no el avance, esperar á que estuviesen perfeccionadas las brechas para »capitular, ó evacuar con tiempo al Morro.» Despues de reconocidas las cortaduras y las baterías por los comandantes de ingenieros y de artillería Ricaud y Crell, decidió la Junta que se preparase á resistir el asalto y á prolongar una defensa de cuya duracion tanto pendian el triunfo de la plaza y el descalabro de los sitiadores.

No habia determinacion mas adecuada á los deseos del que habia de ejecutarla; pero ya pasaba de la una de la tarde del dia 30, y nada anunciaba en el campo inglés mas que reposo y sueño. A los fuegos lanzados por el sol tropical desde el zénit, parecian haber cedido los que inventó para su destruccion la especie humana. Alguna granada ó algun tiro que de los adarves meridionales del castillo partia sobre las obras avanzadas de Keppel, apenas era contestado por sus baterias. Exceptuando los destacados en los puestos, la guarnicion despues de tomar su rancho seesteaba con el arma al lado. Velasco tambien se habia retirado á comer y descansar, dejando en la batería septentrional de San Nicolás á Montes ocupado en observar á una fragata que se acercaba á tiro, cuando se oyó de repente una explosion extraña, y se sintió tambien un temblor sordo. No pudo ese ruido confundirse con el de los disparos ordinarios, y Velasco, recostado á la sazón con el marqués Gonzalez en la sala de armas, envió corriendo á averiguar su causa. El descuido menos importante en la apariencia suele en la guerra acarrear inmensas consecuencias. El oficial que recibió este encargo, D. Manuel de Córdova, ó porque le impidiese su temor ó su pereza alargarse á cumplirlo hasta el baluarte, ó porque realmente nada oyese ó descubriese, volvió á los dos minutos á decirle que no habia novedad en el castillo, y Velasco permaneció tranquilo con Gonzalez.

Pero el quietismo del campamento inglés era tan falso como el del tigre que se oculta para inspirar á su presa

mas confianza. Ya listas y cebadas sus dos minas, Albemarle, contando con su efecto, habia dispuesto que sin toque ni llamada se aprontaran á trepar por las brechas que causaran dos compañías de granaderos del regimiento Real, tropa soberbia y gigantesca, cinco escogidas en los otros cuerpos, y otras cuatro mas de zapadores, todas conducidas por el intrépido teniente coronel Stewart. Hacia una hora que se mantenía esta fuerza formada detrás los blindajes y reductos, cuando Mackellar incendió las minas, estallando ambas á un tiempo. La que iba dirigida sobre el foso y contraescarpa y hácia el baluarte de Austria, no hizo efecto, y el de la que amenazaba al de Texeda tampoco correspondió á sus esperanzas. Solo produjo una rotura de tres piés de ancho y poco mas de diámetro del zócalo á la cresta de la cara que empezaban á lamer las aguas. Dos centinelas y algunos marineros volaron con los escombros á las olas, sin que lo advirtiera el soñoliento piquete que cubria la cortadura que separaba al baluarte de las demás obras, y sin que tampoco desde allí se descubriera el daño puramente exterior que recibió el bastion. Tanto Mackellar como el jefe de artillería Leith, que sucesivamente emplearon muchos minutos en reconocerla, declararon impracticable tan mezquina brecha. Pero el último, que observó al baluarte mas de cerca, supuso que lo habrían los españoles evacuado, porque no oyó ruido, ni vió bultos, ni sintió movimiento por la plataforma. Albemarle, para quien ya la prolongación del sitio equivalia á la muerte,

despues de una ligera consulta con los demás jefes, ordenó que un piquete poco numeroso subiera por la brecha á comprobar si el cálculo de Leith era ó no exacto. En efecto, lograron encaramarse hasta la plataforma con trabajo, pero sin ser vistos, y por consiguiente sin oposicion de los sitiados, el teniente Cárlos Forbes y unos veinte granaderos mas del Real, animándoles además de su valor las recompensas que les ofrecieron. Stewart se precipitó detrás de Forbes con las tropas destinadas al asalto, y solo el terror que sobrecogió á la guardia de la cortadura al ver la cresta del bastion cubierta de repente de gigantes, les permitió asaltarla sin tirar un tiro y sin perder un hombre. Sobrecogidos de espanto y de sorpresa, y hasta sin dar la voz de alarma, los pocos marinos que la componian corrieron á descolgarse por los pescantes á la bahía arrastrando en su huida vergonzosa á los apostados en la cortadura del baluarte de Austria. Los que pudieron embarcarse en las lanchas y balsas atracadas llegaron á la plaza sin honra, aunque con vida, y los demás perdieron en las olas la una y la otra, prefiriendo á sacrificarse por su patria ser infeliz pasto al carnicero pez que las habita.

Luego que los ingleses se apoderaron del baluarte y de la cortadura, lo demás del asalto fué un relámpago. El capitan de fusileros de Aragon D. Fernando de Párraga, que fué el primero que los descubrió, precipitóse como un leon, y con doce hombres solamente, á defender la rampa por donde tenian forzosamente que as-

cender para penetrar en los cuarteles del castillo. Aunque matando, mas tambien inmolados todos á bayonetazos, no fué tan inútil el sacrificio heroico de sus vidas que al ruido de los tiros no se lanzara Velasco con atornadora voz y espada en mano á detener el flujo de los asaltantes con dos compañías de Aragon y una del Fijo, ayudado por Montes y Gonzalez. Voló con su gente á detenerlos, ocupando las avenidas de la plaza de armas; pero á la primer descarga inglesa una bala penetró su pecho entre los dos pulmones. Cayó al punto, y á pesar de su dolor, cuando lo llevaban á curar al cuerpo de guardia, la única recomendacion de aquella alma altiva y despechada por la pusilanimidad de algunos de los suyos, era que á ningun cobarde se confiara la defensa del pabellon nacional que aun seguia ondeando. El mismo marqués Gonzalez fué el que al escuchar estas palabras se apresuró á empuñarle para verter luego por él toda su sangre. Noblemente perecieron de allí á pocos minutos en sus puestos el capitan de Aragon don Antonio Zubiria y D. Márcos Fort, su alférez; los tenientes de navío D. Andrés Fonegra y D. Hermenegildo Hurtado de Mendoza; los oficiales subalternos de marina D. Juan Ponton y D. Francisco Esguerra, y los del Fijo D. Martin de la Torre y D. Juan Boca Champe. La historia, al referir aquel desastre, se complace en consignar sus nombres. De los postreros sacrificados, pero el mas ilustre de todos, fué el marqués, que antes de quedar sin vida dejó á algunos enemigos sin la suya. Ya habia espirado, y aun su cadáver empuñaba el asta

del pendon con la siniestra. Gravemente heridos don Bartolomé Montes, el teniente de navío D. Juan de Lombardon, y ya fuera de combate ciento cuarenta y seis de todas clases, fué cuando la guarnicion, reducida á menos de la mitad de su número, y acaudillada por el capitan de granaderos de Leon D. Lorenzo Milla, izó bandera blanca. Keppel, despues de avenirse á sus proposiciones en términos honrosos, se precipitó á la sala en que curaban á Velasco. Antes que se le indicaran le reconoció entre los demás heridos por la expresion noble y guerrera de su rostro; le abrazó, le besó, y dejó libre arbitrio ó de pasar á curarse en la ciudad, ó por los mejores cirujanos en su campamento. De tan lastimosa é inesperada suerte remató, á los cuarenta y cuatro dias de trinchera abierta, y cuando mas pujante se la creia, una de las defensas mas gloriosas que recuerdan los fastos del pasado siglo. Habia costado mas de mil vidas á los españoles, y mas de tres mil á los sitiadores del castillo, en cuyos lienzos y recinto se estrellaron en aquel período mas de veinte mil bombas, balas rasas y granadas.

Causó en la Habana la pérdida del Morro una sensacion inexplicable, pero sin reanimar la helada sangre de los principales miembros de la Junta, ni inspirarles resoluciones propias de un noble y fogoso patriotismo, las únicas capaces de dominar á las urgencias del aprieto. Guiados por su impulso, y abiertas aun las comunicaciones del recinto, quedaban sus deberes concretados á cuatro incuestionables puntos: á salvar todos

los fondos del Erario; á destruir con el fuego ó el barreno todas las embarcaciones de la escuadra; á encomendar la defensa y capitulacion de la ciudad á las solas milicias de su casco; á hostilizar sin respiro al enemigo con todas las del campo y las fuerzas veteranas que aun restaban y que iban á aumentarse con socorros que de lo interior y de afuera se esperaban. Pero si alguna indicacion de estos partidos salió de la vulgar esfera aventurada por Postigo ó por Colina, por Montalvo ó por Garganta, sin discusion la ahogaba el desden ó la sonrisa de los generales.

Minutos no mas habian mediado desde que en la rendida fortaleza divisaron la bandera de socorro y triunfante la bandera inglesa, y sus disposiciones se redujeron á ordenar que Caro con la caballería veterana y de milicias se situara á tiro de la puerta de tierra para proteger los aproches del recinto, y que el castillo de la Punta, en donde por enfermedad de D. Manuel Briceño gobernaba el capitan de fragata D. Fernando de Lortia, dirigiese todos sus fuegos del E. sobre el Morro. Tanto este jefe como los comandantes de las baterías de la Fuerza y de San Telmo obedecieron con tal constancia y tino, que á las seis de la tarde no era mas que un monton de escombros el castillo. Hubieron sin embargo de suspender á esa hora sus descargas, porque en el atracadero de la Pastora una lancha enarbolaba bandera de parlamento. Eran Velasco y Montes que venian cuidadosamente traídos á morir ó sanar entre sus amigos y sus deudos.

No presentaban sus heridas síntomas mortales. Montes, despues de largo padecer, logró curarse. El balazo de Velasco no comprometia al pulmon ni á las entrañas principales; pero su fiebre era tan ardiente como su desconsuelo y su delirio: se consideró la extraccion de la bala indispensable; hubo que sondear y profundizar demasiado para extraérsela, y sobrevino á la operacion un tétano que á la siguiente tarde privó de uno de sus mas tersos adornos á la armada. Espiró á las cuatro del dia 31, rodeado de sus amigos y en los brazos de su jóven sobrino, el alférez de navío don Santiago Muñoz de Velasco, á quien habia costado un mes antes una herida el azaroso honor de combatir junto á tal tio. Su cadáver se enterró el 4.º de agosto con la ostentacion que tan estrecho estado de cosas permitia. Al hundirlo en la fosa para siempre resonaron á un tiempo dos descargas, las de dos ejércitos enemigos que en aquel instante fraternizaban por un mismo sentimiento, el de su admiracion y respeto por el héroe que tomaba su vuelo hácia el empíreo.

Aunque una granada de la Punta convirtiera en pavesas un reducto de sacos y de pacas que Keppel ade rezaba junto al Morro, y aunque distaran de concluirse las baterías que levantaban su hermano y Mackellar en los frentes de la Cabaña hácia la plaza,alzada esa eminen cia á ciento veinte y dos piés de la superficie de las olas, y separada apenas por ciento cincuenta varas del perímetro, enfilaban los proyectiles aislados, pero repetidos del inglés, por las calles de la Habana, llenán-

dolas de espanto y de desastres. Aquel castillo y los lienzos septentrionales del recinto, que seguia cubriendo con constancia y celo D. Pedro Castejon, tenian además que padecer los fuegos incesantes de las baterías ya reforzadas de San Lázaro y los de las bombardas y la escuadra. Con el solo estruendo de la artillería se resquebrajaba por aquella parte la obra insólida y precipitada que noventa años antes emprendió Ledesma.

El enemigo, como desde un balcon examinaba hasta el mas leve movimiento de la plaza, y con frecuencia vió á Prado recorriendo los puntos mas expuestos, como si intentara rescatar su irresolucion y errores en el mando á fuerza de un valor personal que estaba lejos de suplir á las demás cualidades de que carecia, ó como si buscara que una gloriosa muerte le librase de la cruel responsabilidad que le esperaba. A la primera la contemplaba con serenidad, y á la segunda con horror. Las granadas que reventaban á sus piés inmolaron alguna vez á sus acompañantes, sin que advirtieran los demás ni asomo de alteracion en su semblante. No fué, pues, arrojo lo que le faltó, sino decision, iniciativa para salvar el honor de las armas y los intereses puestos á su cargo, para evacuar á la ciudad con ellas, para seguir guerreando en la campiña, y aun trocar acaso por el carácter de sitiador el de sitiado.

Por momentos se iba entenebreciendo el horizonte. Al paso que las fragatas *Echo* y *Thunder*, escoltando á un nuevo convoy de Nueva-York, desembarcaban en la

Chorrera, otro refuerzo de mas de 2,000 hombres, el brigadier Burton con una columna de otros tantos y dos piezas de á lomo se encaminaba á Jesus del Monte y lomas de Luz el dia 1.º Caro, suponiéndole el desig- nio de interceptar las comunicaciones de la plaza, re- forzó el reten que tenia puesto en una casa aspillerada y con fosó en el Horcon. Pero el inglés, despues de reconocerla y de cambiar con él algunos tiros, se re- plegó por la tarde hácia las lomas y se acantonó en las casas de aquel pueblo. Tanto como este movimiento de Burton alarmó aun á los mas confiados la órden que dió la Junta el 2 para que entraran á defender la plaza las partidas de D. Fernando Herrera y del valiente Aguiar, las que con mas teson se consagraban á man- tener sus avenidas libres. En acémilas, ó como pudie- ron, todos se apresuraron á sacar de la ciudad sus equipajes y las prendas que aun conservaban dentro de ella. El solo Superunda puso mas de ciento sesenta mil pesos á recaudo, y no por salvar así sus intereses, como Tabares y alguno que otro miembro de la Junta, se determinó á proponer en sus sesiones que tambien se salvaran los de la nacion. Pero aun les excedieron en egoismo los directores y manipulantes de la Compañía, tan previsores para asegurar sus propiedades movibles como tibios y negligentes para extraer las existencias de sus almacenes.

Luego que dejó terminada una batería de doce mor- teros en el Morro, Albemarle encargó á Elliot las ope- raciones de la derecha de la bahía, y se trasladó en la

mañana del 5 al campamento de San Lázaro para extender por allí sus paralelas.

Caro, que habia ocupado las lomas de Luz cuando las evacuó Burton, intentó el 5 arrojar á sus avanzadas de algunos caseríos. El jerezano Bernet, con unos 300 tiradores de milicias, consiguió desalojarlos con alguna pérdida, aprovechando tambien algunas cuchilladas los pocos dragones que el cansancio, las enfermedades y la desercion habian dejado á Caro. Pero Burton reconcentró sus fuerzas, asomó una nueva columna á protegerle, y tuvo que contramarchar aquel jefe á su anterior posicion la misma tarde. Si se probó con este encuentro que empezaban ya el miliciano y el labriego á ser soldados, se acreditó tambien que ya no podrian contrarestar la disciplina y el valor de los sitiados al número excesivo de los sitiadores.

No le restaban á Prado fuerzas suficientes para cubrir todas las caras del recinto; por lo que, viendo que por un lado extendia Albemarle su línea atrincherada por San Lázaro, y que Elliot, reconcentrando allí todas sus tropas, terminaba todas sus baterías en la Cabaña, introdujo el 6 en la plaza á las guerrillas de Bernet con 600 fusiles y la vanguardia del socorro que venia de Cuba, quedando así solos fuera de ella Madariaga y Caro con algunos jinetes y paisanos cansados y abatidos. Para proteger al arsenal y conservar las comunicaciones abiertas por aquella parte, pasó Colina de órden de la Junta á ocupar la loma de Soto y coronarla de un cuadrilongo atrincherado con piezas, en dos dias

de faena sin respiro, durante la cual ni aun al sustento de sus trabajadores se atendió, y se rindieron de inanición muchos. Con estas prevenciones y montar nuevos cañones en la Punta, en San Telmo, el Boquete, la Fuerza y lo demás de la marina, afectaba la mayoría de la Junta suponer que se contestaría con superioridad á los fuegos del Morro y la Cabaña, y que permitiría la prolongación de la defensa; que el equinoccio y los socorros esperados acabarían por coronarla con el triunfo. Engañábalos la aparente inacción de las principales baterías del enemigo en sus dos campos, como engañan esas calmas que suelen preceder á los huracanes y tormentas.

El 40 de agosto, cuando ya estaban concluidas todas ellas, tocaron las avanzadas de San Lázaro á parlamento, y presentóse á Prado un ayudante de Albemarle, exhortándole á nombre de este general á librar á la ciudad con un convenio honroso de los horrores del asalto y del saqueo, «porque tal vez no podría impedir á la tropa que sacrificara al filo de la espada á cuantos hallara con las armas en la mano.» Las diez eran cuando se recibió y empezó á discutir en la Junta este mensaje, y ya las dos sonaban cuando contestó el gobernador á Albemarle por su mismo parlamentario, «que sus obligaciones, heredadas y juradas de emplear en la defensa de la plaza los esfuerzos que le dictaban el honor y la fidelidad á su soberano, no le permitían condescender con sus proposiciones; y que aun contaba con medios para prolongarla y esperar su feliz

«éxito.» Respuesta digna si Prado la sostuviese con los hechos, y que desmentida luego por ellos, solo fué ridícula, cuando todos los sitiados suspiraban por el descanso más que por la gloria.

Las avanzadas de uno y otro campo entretuvieron la tarde con un inútil tiroteo, y la noche se pasó tranquila; pero con el crepúsculo del 11 rompieron de una vez todos sus fuegos San Lázaro, el Morro y la Cabaña. Desde esta posición especialmente diez baterías con cuarenta y cinco piezas de á veinte y cuatro y treinta y dos, y otras cuatro de treinta y dos obuses y morteros repartidas por su descenso á la Pastora, todo lo reducían á escombros á su frente. D. Fernando de Lortia, que habia sucedido á Briceño, por enfermedad, en el castillo de la Punta, desplegó esfuerzos singulares, pero vanos, para contestarlos. A las diez no se veía ya en aquel castillo ni un solo cañon en batería, ni un artillero en pié, ni un parapeto que no fuera una ruina, y tuvo el resto de su guarnicion que abandonarlo. Una hora despues sucedió lo propio con los baluartes septentrionales del recinto, todos deshechos ó cuarteados, y muchos de sus defensores habian caido junto á su comandante Castejon, ciego de furia con tanto daño y sin poder volverlo. Cuando vió desbaratadas las baterías del Boquete y de San Telmo que tenia á su cargo, tendidos á casi todos los que las servian, tambien Crell, á pesar de su firmeza, se amparó con los demás tras de las casas mas vecinas. Ni quedó viviente en pié por la orilla de la bahía. Enfilaban las balas rasas todas las

calles de E. á O., y el cráter artificial de la Cabaña vomitaba sin respiro sobre la ciudad metralla, carcasas, granadas, bombas, ollas de fuego y aun otros proyectiles de destruccion muy poco conocidos. Ya no se respiraba sino salitre y polvo en el recinto. Con el crugir de las techumbres, los pocos habitantes que se habian quedado á guardarlas vagaban despavoridos y como sombras por sus casas. Cenizas se iba á volver la Habana entera, si á no ceder luego la Junta á todos sus clamores y desastres, enarbolando á las dos bandera blanca y enviando á convenir de capitulacion con Albemarle al sargento mayor D. Antonio Ramirez Estenoz, no se apresurase tambien el sitiador á suspender sus fuegos, con una humanidad que ennobleció á su triunfo.

Como si no fuera mucho librar algo donde tanto se hizo por perderlo todo, sostuvo Hévía la extraña pretension de que se le permitiera trasladarse á España con la escuadra, con el resto de la guarnicion y con los fondos y propiedades del Erario. Pidió aun mas: que se declarara al puerto neutro hasta la paz, lo mismo que sus aguas desde el cabo Catoche, en la costa de Campeche, hasta los arrecifes del canal y el grado 33 de latitud septentrional; que salieran libres con sus cargamentos los buques del comercio anclados en la bahía. Su instrumento Prado, aunque persuadido de la inutilidad de una gestion que el estado de la plaza hacia ya insostenible, se prestó á tanta exigencia, creyendo como él forjarse así un escudo que los cubriera á entrambos

de futuros cargos. La tenacidad con que los dos la sostuvieron dilató la rendicion mas de treinta horas, amenazando romper los tratos entablados y aun la completa destruccion de la ciudad, que iba á ser la consecuencia inevitable de otro ataque semejante al del dia 11. Harto cara habian comprado su victoria Albemarle y Pocok para satisfacerse con la mera ocupacion de una bahía obstruida y de un pueblo arruinado. Se ensordecieron á proposiciones de aquella índole, y tanto por generosidad con los vencidos como por dar respiro á sus cansadas huestes, se avinieron ya en las últimas horas del dia 12 á conceder una capitulacion de veinte y tres artículos, cuyo resúmen era:

Que la guarnicion veterana de infantería, caballería y artillería saliera el 20 por la puerta de tierra con todos los honores militares, arma al hombro, tambor batiente, bandera desplegada y dos cañones, pudiendo conservar los generales, jefes, oficiales y soldados todos sus equipajes y efectos de su propiedad particular, y que los milicianos y voluntarios entregasen su armamento á los comisarios ingleses :

Que la religion católica quedaria mantenida sin la menor restriccion ni impedimento, y conservadas todas las corporaciones religiosas en el pleno goce de sus derechos, rentas y atribuciones, con la reserva de que habia de ejercer el gobernador inglés el vicereal patronato, en lugar del español, sometiendo el obispo á su aprobacion los nombramientos de párrocos y demás empleados eclesiásticos :

Que la escuadra, la artillería, los almacenes, los caudales, los tabacós y todos los efectos públicos serian entregados por inventario á los comisionados nombrados por los generales ingleses para recibirlos :

Que todas las tropas de mar y tierra serian trasportadas á España á cargo del Gobierno inglés, y en consideracion á su edad y alta jerarquía militar quedaron autorizados el conde de Superunda, D. Diego Tabares, el marqués del Real Transporte y D. Juan de Prado, para escoger los buques mas cómodos, y embarcarse cuando les conviniera con sus familias, criados, equipajes y caudales particulares :

Que serian respetadas las propiedades de todos los habitantes del país, y mantenidos en sus derechos y privilegios los que los tuvieren, permitiéndose salir de la Isla por su cuenta al que quisiese, enajenando ó no sus bienes :

Que todos los empleados civiles que lo desearan serian trasladados á España bajo las mismas condiciones que los militares, á excepcion de los que tuviesen cuentas que rendir, cuya ausencia se dilataria hasta que dejaran cubiertos sus respectivos compromisos :

Que á nadie se perseguiria por su conducta pasada, y que se canjearian los prisioneros de ambas partes :

Que los jefes, oficiales é individuos de tropa y de marinería que por sus heridas y dolencias no pudieran embarcarse, permanecerian en sus casas y en los hospitales bajo la proteccion de los ingleses, pero á expensas de un comisario español.

De esta manera se rindió la Habana á los dos meses y seis dias de ser sitiada, y perdiendo antes dos mil novecientos diez de sus defensores, sin incluir algunos centenares de esclavos arrebatados por la fatiga ó por las balas, y no restándola mas que unos novecientos veteranos, que, segun expresion de Hévia, «solo por la respiracion se diferenciaban de los muertos.» El honor militar se habia salvado, pero todos los intereses de la nacion se habian perdido.

Hubiéramos querido satisfacer á nuestros lectores la natural curiosidad que les haya inspirado esta excelente narracion de uno de los episodios mas interesantes de la historia colonial y de la militar de España en el siglo pasado, insertando tambien la correspondiente al tiempo que los ingleses permanecieron dueños de la capital de Cuba; pero ya que así no lo verifiquemos, será conveniente añadir, como por via de complemento, las siguientes noticias extractadas de la misma obra.

Durante escasos diez meses que se tardó en recuperar la Habana, en virtud del tratado de paz, solo dominaron los ingleses en dicha ciudad y en la de Matanzas, no habiendo podido extender su autoridad en la Isla, cuyos habitantes, incluso los municipales de la misma capital, se negaron noblemente á declararse vasallos de otro monarca que el de la madre patria. Hasta hubo quien pensó en reproducir allí con ellos el ejemplar de las Vísperas Sicilianas, aunque no llegó siquiera á intentarlo, ni tenia las cualidades de Prócida.

D. Lorenzo de Madariaga armó toda la gente que pudo de Santiago de Cuba, y con los socorros que recibió del Guarico se preparaba á operar

para la reconquista de la plaza perdida, cuando recibió avisos de los preliminares de la paz, y tuvo que permanecer quieto.

Prado, Hévía, Superunda, Tabares y otros jefes españoles salieron en buques ingleses para Cádiz á los quince ó veinte dias de la capitulación, quedando sujetos á una voluminosa causa que se les formó, en virtud de la cual fueron condenados á la pena de muerte los dos primeros, y al resarcimiento con sus bienes de la pérdida de los caudales públicos que no salvaron del enemigo, como pudieron; mas la benignidad del rey Carlos III se las conmutó en la de pérdida del empleo y perpétuo destierro de la corte.

Prado se fué á vivir en Vitigudino, y allí murió de menos de 50 años, hácia el de 1770.

Hévía, protegido por su suegro el célebre general de marina Navarro, marqués de la Victoria, logró que le restituyeran el empleo, y aun que lo ascendiesen á teniente general y comandante general de los batallones de marina, en cuyo cargo murió en 1773.

A Superunda y Tabares les condenaron á la pérdida de empleo; pero lograron que se les devolviese, aunque inútilmente para el primero, que falleció en los mismos dias que recibió la gracia.

Perdió tambien Caro su empleo, y se fué á servir al emperador de Rusia, donde murió de general. Era hermano del marqués de la Romana.

D. Alejandro Arroyo murió de teniente general á fines del siglo, y lo mismo el capitán de navío Castejon.



*Junio = 2. Marcha del Ejército después de finar. = 4. Lugar en
 la Artillería 3ª = 6. Baterías contra Malborough contra el
 tra el Fuerte de la Chorrera. = 10 Baterías de la Habana = 12. De-
 us á pique = 14. Un navio de la Compañía y Esquadra Española. = 17
 Navios de guerra y de transporte. = 190. Campo en los Moli-
 al.*

PLANO DE LA PLAZA DE LA HABANA SU BAHIA NAVIOS Y FORTIFICACIONES EXTERIORES

atacadas por mar y tierra por los ingleses: su general el Conde Albermarle y Almirante Jorge Pocock año de 1762.









1002193813